

¡ VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA !
¡ MUERAN LOS SALVAGES UNITARIOS !

LA
MUERTE DE JESUS.



BUENOS AIRES. 1849

IMPRESA REPUBLICANA.

Calle San Francisco Núm. 191.

LA
MUERTE DE JESUS.
POEMA EPICO,
ESCRITO Y DEDICADO

AL
Sumo Pontífice Pio Nono.

POR
MANUEL AZCUTIA,

ABOGADO DE LOS TRIBUNALES NACIONALES, EX-OFICIAL AU-
XILIAR DEL MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA, INDIVI-
DUO PROFESOR DE LA ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y
LEGISLACION DE LA CORTE DE ESPAÑA, MIEMBRO DE LA
REAL SOCIEDAD ECONOMICA MATRITENSE DE AMIGOS DEL
PAIS, SOCIO DE MERITO Y CORRESPONSAL DE OTRAS VARIAS
CORPORACIONES LITERARIAS Y CIENTIFICAS DEL REINO, &

—IMPRESO EN MADRID EN 1848—

IMPRESO EN BUENOS AYRES — IMPRENTA
REPUBLICANA,

—Calle San Francisco—Num. 194.—

—
1849.

“ Menoscabo parece de tan grandes misterios ser por
“ lengua de carne manifestados. ¡ Pues qué haré ? Calla-
“ ré ó hablaré ? Ni debo callar, ni puedo hablar. ¡ Cómo
“ callaré tan grandes misericordias, y cómo hablaré miste-
“ rios tan inefables ? Callar es desagradecimiento, y ha-
“ blar parece temeridad.”

FR. LUIS DE GRAN. *Guia de Pecadores. Cap. 4.*

LA
MUERTE DE JESUS!

INTRODUCCION.

Cæli enarrant gloriam Dei,
et operam manum ejus annun-
tiant firmamentum.

Salm. XVIII. v. 2.

I:

¡ Perdonadme, Señor, si temerario
Hoy vuestro nombre á pronunciar me atrevo!
Perdonadme, Señor, si hasta el Calvario,
Trémulo el corazon, mi planta llevo,
en la cima del monte solitario,
vuestra cruz al pié, mi labio nuevo,
a cantar con fúebre armonia
estas horas de muerte y de agonía!

II.

Perdonadme, Señor, si osada toca
Torpe mi mano el leño sacrosanto,
Y en él imprime mi abrasada boca
Un ósculo de amor bañado en llanto;
Que no insensible, no, cual dura roca,
Al triste corazón, en duelo tanto,
Ahogar le es fácil su dolor profundo,
Al ver cómo en la cruz salvais al mundo.

III.

¡ Perdonadme, Señor ! . . . Harto comprendo
Cuanta es mi ceguedad ! . . . En vano herido
De intensa pena, hasta el suplicio horrendo
Vuestras huellas seguir quiero atrevido !
En vano ¡ ay triste ! vuestra muerte viendo
De ella en vos la razón busco rendido,
Que no es dado al mortal en su torpeza,
Tanto amor penetrar, tanta grandeza.



IV.

No cabe, no, mi Dios, en labio humano
De tan alta bondad débil semblanza;
Que si hasta vos el hombre llega ufano,
Y el pensamiento hácia la cruz avanza,
Y os contempla espirar, se esfuerza en vano
Y á comprenderos, por su mal no alcanza;
Pues cuando fin á vuestra gloria busca,
La vista pierde y su razon se ofusca.

V.

Clava en su afan los ojos en el cielo,
Cual si al traves de la azulada esfera,
Que es de vuestra mansion tupido velo,
Vuestro trono de luz hallar creyera;
Y al buscaros en él con hondo anhelo,
Hiérole el sol, que altivo en su carrera,
Con su esplendente byllo al mundo alumbra,
Y sus párpados rinde, y le deslumbra.

VI.

Hiérole el sol, Señor, cual sí enojado,
Castigando tal vez su loco intento,
Quisíerale decir: “¿Cómo es que osado
Elevas á tan alto el pensamiento,
Cuando apenas mis rayos te han tocado,
Que del Olimpo son el pavimento,
Te fascina su luz ? . . . ¡En mi existencia
Admira de tu Dios la omnipotencia!”

VII.

¡Hiérole el Sol! . . . Y si en la noche umbria,
Que en triste soledad llora enlutada,
La amarga ausencia del risueño dia,
Que entre tinieblas la dejó olvidada,
Extático y absorto en su porfia,
Dirige al firmamento una mirada,
De vuestro alcàzar niégale el tesoro
La rica alfombra de azabache y oro.

VIII.

Admira ufano en la celeste cumbre
Las esplendentes ráfagas que bellas
Lucen do quier, y la brillante lumbre
Y el màgico fulgor de las estrellas;
Y al contemplar la inmensa muchedumbre,
Buscàndoos mas allá, piérdese en ellas
Su orgullosa mirada, y prosternado,
Rindese á vos, que las habeis formado.

IX.

Torna luego sus ojos al Oriente,
Que al traves de los mares se dilata,
Y de la luna la dorada frente,
Que en las salobres aguas se retrata,
Entre pàlida gasa trasparente,
Blanco celaje de marfil y plata,
Véla nacer y sigue silencioso
Su curso inalterable y misterioso.



X.

En tanto el astro percursor del sueño.
Por la estrellada bóveda cruzando,
A la alta cima encúmbrese risueño,
Llegar á vos soberbio imaginando ;
Mas cuando acaso de su torpe empeño
Juzga el término hallar, triste bañando
Con lágrimas la tierra, su error siente,
Y sepúltase huyendo en Occidente.

XI.

Parece, al descender, cual si quisiera
Mostrar primero al hombre, que afanoso
En el centro le vió de la alta esfera
Vuestro cetro inmortal, que poderoso
Paz y ventura al universo diera,
Y decirle despues : “Allí glorioso
El Rey excelso de los reyes mora,
Allí está el Dios, á quien el Orbe adora.”



XII.

“Mas no en verdad de su dosel divino
El brillo puedes ver desde la tierra,
Ni el amor de su rostro peregrino,
Ni el dulce encanto, que su gloria encierra:
Que mas que à tì, si el celestial camino
Me es lícito cruzar, mi planta yerra,
Y vacila y se aleja sin consuelo,
Apenas el dintel toca del cielo.”

XIII.

Triste entonces el hombre y confundido,
Su ansiosa vista temeroso tiende
Sobre el inmenso mar, que emblanquecido
Hasta los astros alcanzar pretende ;
Y escucha de sus olas el bramido,
Cuando al abismo atronador desciende,
Para subir de nuevo á lo mas alto,
Y tiembla de terror y sobresalto.

XIV.

Tremendo à par el vendabal impío,
De su garganta la cadena rota,
Dejando ver su horrible poderio,
Los fuertes muros de peñasco azota ;
Y mas y mas el piélago sombrío,
A su violento impulso se alborota,
Tal que parece, en su furor profundo,
Que vâ á inundar y à sepultar al mundo.

XV.

Amontónanse en tanto silenciosas,
Negras nubes, Señor con rauda vuelo,
Envolviendo en tinieblas pavorosas
La tierra, el mar y el estrellado cielo.
Arrecia el huracan . . . estrepitosas,
Fieras combaten en abierto duelo
Las nubes y las olas, y á su empuje,
Ronca la tempestad estalla y ruge.

XVI.

Al fugaz resplandor de la tormenta,
Cuando el rayo lanzando de su seno
El cãrdeno relãmpago se ostenta,
Turbado el hombre y de impaciencia lleno
En torno mira. Y si agitado intenta
Vuestro nombre invocar, la voz del trueno,
Que penetrante por los aires cunde,
Respõndele, Señor, y le confunde.

XVII.

“Dios es, *le dice*, el que en el claro dia
Del sol dirige la esplendente llama,
Y las estrellas, en la noche umbria,
Por los espacios á la vez derrama.
Dios el que el curso de los astros guia,
Dios el que el rayo abrasador inflama,
Y en su trono de nubes poderoso,
Domina el aneho mar tempestuoso.”

XVIII.

“Dios es quien luego, con benigna mano,
La bramadora tempestad enfrena,
Y quien del golfo, que se obstina en vano,
Las bravas ondas plácido serena.
Dios es quien solo el huracan insano,
Y el aquilon y el àbrego encadena ;
Y Dios en fin el Salvador clemente,
En cielo, tierra y mar omnipotente.”

XIX.

Al eco aterrador sobrecogido,
En abundantes lágrimas deshecho,
Yerto de espanto el hombre y conmovido,
Cruza, Señor, sus manos contra el pecho ;
Y prosternado, á vuestro amor rendido,
Alzando á vos la vista satisfecho,
En cielo, tierra y mar, en cuanto mira,
Vuestra Suprema Omnipotencia admira.



XX.

¡El hombre. . . sí! . . . ¡Y el hombre receloso
Armóse contra vos! . . . ¡Y sin clemencia,
Al veros aceptar noble y glorioso
La augusta salvacion de su existencia,
Fiero insultó vuestro tormento odioso! . .
¡Y se mofó de vos! . . . ¡Y en su demencia,
Con sacrílega y bárbara osadía,
Sobre vos descargó su mano impia!

XXI.

¡Y el hombre os condenó! . . Mas de tal suerte
Lo sufristeis por él paciente y mudo,
Cuando una voz de vuestro labio fuerte
Anonadarle y confundirle pudo,
Que mas grande en verdad fué vuestra muerte,
Y tal, Señor, vuestro suplicio agudo
La esperanza le dió del bien eterno,
Que hoy el mundo, sin vos, fuera el infierno.

XXII.

¿Y ha de ser por ventura el labio mio
El que la sacra redencion entone,
Y ensalce vuestro inmenso poderío
Y vuestro amor sin límites pregone?
¿A donde vá á parar mi desvarío?
; Como en mi lengua, oh Dios, temor no impone
Tanta profanacion! . . . Harto comprendo
Cuanto al pensarlo vuestro nombre ofendo!

XXIII.

Por que sois vos la Magestad Divina,
Cuyo cetro magnifico y terrible
Subyuga la creacion y la domina.
Porque con ser la luz, sois invisible;
Porque no-vuestra gloria se adivina;
Porque es vuestro poder incomprendible,
Y definirlo el hombre en su lenguaje,
Mas que una adoracion es un ultraje.

XXIV.

¡Oh! . . . perdonadme pues, si temerario
Yo vuestro nombre á pronunciar me atrevo !
¡ Perdonadme, Señor, si hasta el Calvario,
Trémulo el corazón, mi planta llevo,
Y en la cima del monte solitario,
De vuestra cruz al pié, mi labio muevo,
Para entonar con fúnebre armonía
Vuestras horas de luto y de agonía !

XXV.

¡ Perdonadme, Señor, y no os ofenda
En tan débil mortal tan grande audacia,
Que es, aunque humilde, fervorosa ofrenda,
De quien jamás de vuestro amor se sacia !
Perdonadme, y haced que á mí descienda
Un rayo celestial de vuestra gracia,
Porque así logre, con acento fuerte,
Vuestra pasión cantar y vuestra muerte.

CANTO PRIMERO.

LA ENTRADA EN JERUSALEN.

*Ecce Rex tuus veniet tibi, super
asinam, et super pullum, filium asinæ.
Zacar. Cap. IX. v. 9.*

I.

**¡ Escuchad !. . Escuchad !. . Rápida cunde
Por todas partes de **Jesus** la fama,
Y à su màgica voz, que al pecho infunde
Sagrado fuego, y en su amor le inflama,
Impaciente se agita y se confunde
El pueblo de Judá, que **Rey** lo aclama,
Y del mundo **Señor Omnipotente**,
Ante el cual rinde su orgullosa frente !**

II.

Hélo absorto en pos de él y enagenado,
Al contemplar como á los ciegos vista
Y habla á los mudos conceder le es dado :
Que en cuanto el orbe entre sus polos dista,
Todo vive á su imperio encadenado,
Y no hay poder que á su poder resista.
Hélo, hélo absorto con sonoro acento,
Publicando en pos de él tanto portento.

III.

Aquí á un noble del pueblo, que perdida
De su hija amada la existencia llora,
Y en doliente ademan, ante él la vida
Para ella ansioso del Señor implora :
“NO ES MUERTA, le responde, ESTA DORMIDA.”
Y arrojando á la turba plañidora,
Que grita sin cesar, su mano tiende
Y en ella el fuego de la vida enciende.

IV.

Allí à su encuentro fervorosa en tanto
Una pobre muger corre ligera,
Y la orla solo del purpúreo manto,
Porque asi alivio de su mal espera,
Tocar intenta con respeto santo ;
Y á sus plantas tras él, con fé sincera,
Lo orla al besar, en su interior le adora,
Y sana queda desde aquella hora.

V.

Allá un leproso, que piedad le ruega,
Súbitamente la salud alcanza....
O de otro enfermo el padecer sosiega....
O de algun cuerpo los demonios lanza....
Y cualquier hora, en fin do quier que llega,
Cuantos buscan en él dulce esperanza.
Dementes, paralíticos, lisiados,
De su labio à una voz, quedan curados.



VI.

Voz poderosa, penetrante y fuerte
Que del mundo los ámbitos atruena,
Y à cuya aguda vibracion la muerte,
Pálida, helada y de tristura llena,
De entre las tumbas, donde yace inerte,
Cuando el Señor obedecer le ordena,
Rompe la piedra, que su sombra esconde,
Y alzase lenta y lúgubre responde.

VII.

No de otra suerte, al ruego de Maria
Y de la pobre Marta, que à su hermano
Víctima vieron de la parca impia,
Su poder invencible y sobrehumano
Muestra Jesus, cuando la losa fria
Benigno toca con potente mano,
Y fervoroso al contemplarla abierta,
“LAZARO, grita, LAZARO, DESPIERTA!”

VIII.

Cuando al imperio de su ronco acento
Que à las turbas incrédulas espanta,
Sordo gemido suena, y al momento
Lívido, yerto, con pesada planta,
Tras hondo y funeral sacudimiento,
De Làzaro el cadàver se levanta
En blanco lienzo envuelto, y de la huesa
Lleno sale de asombro y de sorpresa.

IX.

A tan raro prodigio conmovido
El inmenso concurso allí agolpado,
Y de santo temor sobrecogido,
Sus ojos en Jesus clava extasiado.
Y en breve por las calles esparcido,
Corre veloz, confuso y admirado,
Publicando tan grande maravilla,
Do mas y mas su omnipotencia brilla,

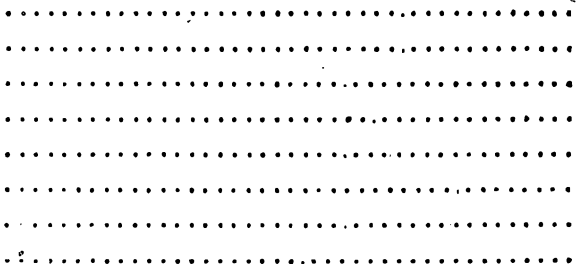


X.

No por lo tanto sin razon celosos
Escuchan con pavor los Fariseos
Tan màjicos portentos!. . Envidiosos,
Júntanse pues los Príncipes hebreos
Con intento traidor, y presurosos,
Unánimes mostrando sus deseos,
Resuelven, en sa bárbara demencia,
Contra el hijo de Dios mortal sentencia.

XI.

Mas no el tiempo en verdad es todavia
De que se cumpla el sacrificio horrendo!
Y en tanto oye sonar la hora que impía
Su muerte anuncie con terrible estruendo,
Ocúltase en Efren: que en su porfia
Mas y mas sus verdugos insistiendo,
Al ver que mas y mas sus hechos suenan,
Buscarle altivos y prenderle ordenan.



XII.

Ya de Judá, con fervorosa planta,
La Pascua à celebrar, el pueblo entero
Llega á Jerusalem... Ya se levanta
Sobre el Oriente el sol, que placentero
Alumbra con su luz la ciudad santa ;
Y resignado entonces y lijero,
Al ver Jesus aparecer el dia,
Hácia el Templo tambien sus pasos guia.

XIII.

“¡Jerusalem !. . ¡Jerusalem amada !. .
Al verla esclama triste y dolorido :
“Tú que en sangre inocente estás bañada
“Y crímenes sin fin has cometido
“¿Por qué rebelde siempre y obstinada
“Mis palabras de amor has desoido,
“Provocando infeliz contra tu frente
“Del enojado cielo el rayo ardiente ?

XIV.

“¡Jerusalem !. . ¡Jerusalem !. . ¡Ay triste !. .
“En vano ya la tempestad conjuras,
“Que sobre tí sin compasion tragiste !. .
“En vano al quebrantar sus ligaduras,
“Tu fortaleza à su poder resiste !. .
“En vano, sí, del Dios de las alturas
“Imploraras piedad, y con espanto
“Tus ojos verteran inutil llanto !

XV.

*“Esas tus torres de peñascos duros,
“Que hasta las nubes alcanzar desean ;
“Esos tus dobles, poderosos muros
“Que imponentes y altivos te rodean,
“En breve vacilantes è inseguros,
“Cuando mas fuerte su pujanza crean,
“Del ronco trueno al funeral bramido,
“Verán su orgullo contra el polvo hundido !”*

XVI.

*“Y al lùgubre compaz de los lamentos,
“Lanzados con horror en la agonía,
“Verás estremecerse tus cimientos,
“Que en montones de escombros, á porfía
“Furiosos tornarán los elementos !
“Y oirás en pos, cual de la mar bravía,
“Sordo rumor, que ante la muerte cede,
“Sin que en tí piedra sobre piedra quede !”*

XVII.

Asi dice Jesus.—Y commovido,
La destruccion de la ciudad llorando,
Y del Templo ademas, que derruido,
Contra el polvo tambien caerá rondando ;
De sus fieles discipulos seguido,
Retírase á Betania. Y preguntando
Por Simon, el leproso, en su morada
Tener manda la mesa preparada.

XVIII.

Ya entre los suyos, plácido y contento
Siéntase el Redentor. Tierna y gozosa,
Yendo entonces Maria hasta su asiento
La suavísima esencia vaporosa
De aromático nardo que al intento.
Guarda en marmórea copa, y que olorosa
La estancia con su espíritu embalsama,
Sobre su frente celestial derrama.

XIX.

Y unge afable sus pies, y ante él rendida
Con sus largos cabellos destrenzados,
Eujúgase los luego ; y confundida,
Oyendo á los discípulos, que airados,
Tan rica esencia al contemplar vertida,
Severos la reprenden y enojados ;
Tristemente al Señor sus ojos alza
Que su intencion, al defenderla ensalza.

XX.

Ya las tinieblas, que la noche umbria
Sobre el mundo esparció triste y oscura
Deshace el sol, que los bridones guia
De su carroza á la celeste altura.
Ya esplendente y risueño el clàro dia,
Con sus rayos de luz brillante y pura,
Se ostenta en los dorados Orizontes,
Tras los altivos y encrespados montes.

XXI.

Ya dominando el áspero ramaje,
Por la bóveda azul lento camina,
Y al traves del fantástico celaje
De trasparente gasa purpurina,
Cual claro velo de labrado encaje.
Los altos minaretes ilumina
De la santa ciudad ; y por do quiera
Se agita el pueblo que á Jesus espera.

XXII.

Tranquilo en tanto el Redentor Divino,
Viendo al cabo llegar la hora terrible,
En que á cumplirse vá de su destino
La sentencia fatídica y horrible ;
Señalando à las gentes el camino
Del Templo del Señor, alza impasible
Su vista al cielo, y á Betania deja,
Y con resuelto corazon se aleja.

XXIII.

Y á la falda del monte, que llamado
De las Olivas es, llega lijero ;
Y en Betfage penetra acompañado
Y seguido à la vez de un pueblo entero,
Bullicioso sin fin y entusiasmado,
Que con rostro festivo y placentero,
Al escuchar cuanto su reino vale,
Por todos lados à su encuentro sale

XXIV.

Entonces el Señor, Rey de Judéa,
A dos de entre los suyos eligiendo,
Porque así quiere que su triunfo sea,
De Dios la excelsa voluntad cumpliendo :
“*Partid, les dice, à la inmediata aldea,*
“*Que en frente de vosotros estais viendo,*
“*A cuya entrada solitario á un lado,*
“*Dócil jumento encontrareis atado,*

XXV.

“*Nadie*, esclama con plácido sosiego,
“*Ha montado sobre él. . . Traedle en seguida.*”
“*Y si acaso algun hombre*, añade luego,
“*Hallais en el camino que os lo impida*,
“*Mi nombre dadle, y obediente y ciego*
“*Venir os dejará.*” Asi cumplida
La voz del Salvador, tras leve ausencia,
Ambos tornan de nuevo à su presencia.

XXVI.

Y con ardiente fé, todos reunidos,
Sus palabras de gloria y de consuelo
Silenciosos escuchan y rendidos;
Y à par cubriendo, en su incesante anhelo,
Al manso irracional con sus vestidos,
Muéstranlo alegres al que tierra y cielo
Le es dado trastornar de una mirada,
Y al polvo reducirlos de la nada.

XXVII.

Mas al sacro precepto omnipotente,
Que por el hombre perecer le ordena,
Préstase resignado !. . Y obediente,
Tranquilo el pecho, el ánima serena,
Dulce el semblante, plácida la frente,
De amor, de gloria y de esperanza llena,
Sobre ellos decidido y amoroso
Colócase por fin magestuoso.

XXVIII.

Y ya à Jerusalem su rumbo guia
Y á la Dorada puerta se dirige. . . .
Y al ver que el pueblo, en su tenaz porfia,
No su vida de crímenes corrige,
De su horrorosa destruccion el dia
De nuevo anuncia y de su mal se affige,
Y sus penas sin término lamenta,
Y gritale otra vez que se arrepienta.

XXIX.

En tanto, à su llegada conmovidas
Las fervorosas turbas placenteras,
Agitanse en tropel. . . . Y confundidas,
Corren, llegan, espárcense lijeras,
Y los caminos pueblan decididas,
Y hasta las verdes lànguidas palmeras
Y frondosos sicómoros ocupan,
Y en sus ramas se elevan y se agrupan.

XXX.

Y alegres, en su tránsito, y anciosas,
Siguiendo en pos con plácidos clamores,
¡ *Hossanna!* . . . ¡ *Hossanna!* . . . Gritan amorosas
¡ *Gloria al Dios de los reyes y señores!*
Y el suelo cubren de fragantes rosas,
Y tienden sus vestidos de colores,
Y con ramos de palmas y de olivas
Delante van gozosas y festivas.

XXXI.

Hombres, mugeres, jóvenes y ancianos,
Todos por verle áfananse impacientes ;
Todos ante él se humillan, y sus manos
Alzan al cielo, y sus desnudas frentes,
Sonoros himnos entonando ufanos !
Y hasta los tiernos niños inocentes :
“Salud al hijo de David !” . . exclaman,
Y Rey excelso de Israel le aclaman,

XXXII.

Y entre aplausos y victores sin cuento,
Y cánticos de gloria, que, inflamada
Y de entusiasmo llena y de contento,
La inmensa muchedumbre amontonada
Al aire dá con penetrante acento,
Entra amoroso en la ciudad sagrada,
Y entonces mas los victores se aumentan
Y mas su triunfo y su poder se ostentan !

CANTO SEGUNDO.

LA CENA Y EL LAVATORIO.

Accipite, et comedite : hoc est corpus
meum.

S. Matheo, cap. XXVI. v. 26.

I.

¡ El tiempo avanza !. . De la noche oscura
Lijeras van las horas fugitivas,
Rendidas á la luz brillante y pura.
Del esplendente sol. Ante él festivas
Las aves, que en la plácida espesura
Del sacro monte están de las Olivas,
Al ver nacer sus rayos peregrinos :
¡ Salve ! murmuran con acordes trinos.

II.

¡ El tiempo avanza !. . Lùgubre y sombrío
Un recuerdo fatal turba la mente
Del Divino Jesus !. . Copioso y frío
Brotó el sudor de su angustiada frente,
Y óyesele exclamar : “¡OH, PADRE MIO,
GLORIFICA MI NOMBRE !. .” Y prepotente
La voz de Dios que por los aires cunde,
Firmeza entonces y valor le infunde.

III.

Como el ronco huracan tempestuoso
Que la etérea region rasga violento,
Haciendo estremecer crudo y furioso
Del uno al otro polo el firmamento,
Así del alto Ser, Rey poderoso
Del cielo y de la tierra, el fuerte acento
Con raudó vuelo los espacios hiende,
Y à los fieles apòstoles sorprende.



IV.

Al ver de cada cual el rostro helado
Y de estupor é incertidumbre lleno :
“*Esa imponente voz que ha resonado,*
“*Semejante al estrépito del trueno,*
“*Y que á par vuestros pechos ha turbado,*
Exclama el Redentor firme y sereno,
“*Para vosotros es, por que hoy ardiente*
“*Fuerza es que vuestra fè mas se acreciente.*”

V.

“*Cercana mi hora està !. . . Yà sin clemencia*
“*Al enemigo con aleve mano*
“*Entregado serè !. . . Cruda sentencia*
“*Contra mí al fin pronunciará inhumano,*
“*Temeroso en verdad de mi presencia !*
“*Y aun contra sî tambien su enojo insano*
“*Pronto verá quien de vosotros firme,*
“*Hasta el pié de la cruz llégue á seguirm*

VI.

¡ El tiempo avanza! . . . En derredor sentados
Del Nazareno están ; y allí á porfia,
Con sus santas palabras inflamados
Júranle eterno amor ! . . . Ya el primer día
De los *ácimos* es, y preparados
La Pascua á celebrar, plácido envía
A dos de entre los suyos y la cena,
Segun costumbre, disponer ordena.

VII.

Y con su dulce acento peregrino,
Que tiernamente el corazón conmueve,
Ya sumiso al rigor de su destino ;
Partid, les dice, *à la ciudad en breve,*
Y al primero que halleis en el camino,
Que un cántaro en sus hombros de agua lleve
En su marcha seguid, y donde entrare,
Allí la Pascua haced que se prepare.”

VIII.

Gozosos Pedro y Juan, al éco blando
De su voz celestial siempre obedientes,
El divino precepto ejecutando,
Vánse á Jerusalem. Y diligentes,
En sus pobladas calles penetrando,
Piérdense entre el tumulto de las gentes,
Que à la solemne fiesta sacrosanta
Llegar se ven con fervorosa planta.

IX.

Y en pos del hombre que sus pasos guia,
Llegan hasta un hogar ; y allí al momento,
Su dueño al escuchar quien los envia,
Y de Cristo al saber el pensamiento,
Ostentando su orgullo y su alegría,
Las puertas hace abrir de un aposento,
Donde absortos los dos apenas entran,
Cuanto hace falta á su designio encuentran.



X.

Ya soñoliento el sol, tras de Occidente,
En su lecho de nacar y amaranto
Lento reclina su cansada frente ;
Y silenciosa y enlutada en tanto,
Al ver del mundo à su rival ausente,
Torna otra vez con su estrellado manto
La noche á parecer negra y oscura,
Envolviendo el espacio en su tristura.

XI.

A favor de su sombra, y sus vapores
Y su silencio lúgubre y profundo
Sin pensar de su muerte en los horrores,
Afable y cariñoso sin segundo,
En medio de los fieles pescadores,
Del monte baja el Salvador del mundo;
Y con pié firme y corazon sereno
Entra á Jerusalem, de gozo lleno.



XII.

Y al cenáculo llega ! Y venturoso,
De la mesa en el centro colocado,
Apacible el semblante y candoroso,
De los doce discípulos cercado,
Míralos con ternura. Y bondadoso,
“*Mucho, les dice, mucho he deseado*
“*Antes de mi pasión, en este día,*
“*Cenar en vuestra dulce compañía.*”

XIII.

“*Por que habrá entre vosotros uno ingrato,*
“*Cuya maldad al universo asombre,*
“*Que sin temor me entregue y sin recato! . . .*
“*Y os digo, añade sin citar su nombre,*
“*Que su mano conmigo entra en el plato*
“*El que tal ha de hacer . . . Pero, ¡ ay del hombre*
“*Que tanta iniquidad ha concebido ! . . .*
“*Mas le valiera á sè no haber nacido ! . . .*



XIV.

Confusos por demas al escucharle,
En sus facciones la inquietud marcada,
Sin saber cada cual que contestarle,
Fijan todos en él tierna mirada,
Como intentando á un tiempo preguntarle :
“¿A quien de accion tan torpe y depravada
“Imaginais capaz?... Quièn tan siniestro
“Aquí hallareis que venda á su maestro?...”

XV.

“Si uno abriga, Señor, perfidia tanta,
“Si hay quien crimen maquine tan odioso,
“Siegue al punto la muerte su garganta !”
Cada cual á la vez esclama ansioso.
Mas Judas, que à su voz tiembla y se espanta
“¿Hablais por mì?” murmura receloso :
Y al ver Jesus su corazon maligno,
“TU LO DICES,” respóndele benigno,



XVI.

“Esta es por tanto la vez postrera,
Prosigue el Salvador, *que á vuestro lado,*
“Hasta despues que por vosotros muera,
“En vuestra mesa me vereis sentado! . . .
“Hasta que el Dios del universo quiera
“Que su reino se cumpla ! . . .” Y sosegado
Prueba el vino del caliz, y en seguida
Con èl à sus discípulos convida.

XVII.

Harto en verdad abandonarlos siente,
Mas en breve su vuelta les predice.
Y al cielo alzando su tranquila frente,
Coge en su mano el pan, y lo bendice,
Su esencia trasformando omnipotente ;
Y con solemne voz : “TOMAD” les dice,
Entre todos partiendo el don sagrado,
“Este es mi cuerpo por vosotros dado.”

XVIII.

Y en todo el lleno de su amor paterno,
Coge despues el caliz misterioso ;
Y gracias dando plácido al Eterno,
Bendícelo tambien magestuoso,
Y con acento conmovido y tierno :
“BEBED, esclama afable y cariñoso,
“*Este caliz os da mi sangre amada,*
“*Que será por vosotros derramada.*”

XIX.

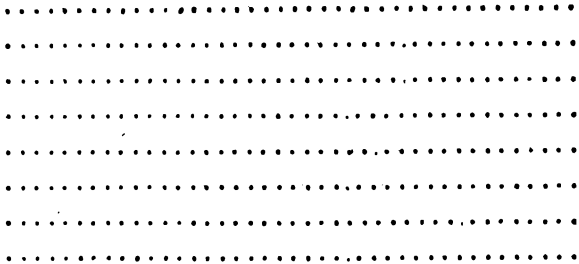
¡ Oh cuanto el pecho en júbilo rebosa
Y el alma se engrandece y se extasia
Tanta bondad al ver ! . . . Cuan venturosa
Es para el hombre en tan solemne dia,
Aquella noble institucion gloriosa,
Que de la horrenda esclavitud impía,
En que yace infeliz, y llora y gime
Para siempre le libra y le redime !

XX.

¿ Qué fuera de él sin el ardiente anhelo
De su infinito amor, que en sí le ha dado
La esperanza mas grande en tierra y cielo,
Y en su seno á la vez ha derramado
El bálsamo de paz y de consuelo
Sobre el cáliz excelso consiguado?...
¿ Qué, sin su sangre, en el dolor vertida,
Qué fuera ¡ ay triste! de su amarga vida ?

XXI.

¡ Oh cuan inmensa, angusta, incomprensible,
Del hombre Dios, resalta la clemencia,
Al ofrecer en holocausto horrible
Su santa y preciosísima existencia!..
¡ Cuanto en su aguda pena indefinible,
En su grande humildad y en su paciencia
Osténtase su amor!... Cuanto en su muerte
Mas y mas brilla poderoso y fuerte !



XXII.

Ya de la cena al fin, viendo cercano
El reino del Señor, que no comprenden,
Y temporal le juzgan y mundano,
Sus puestos los Apóstoles defienden ;
Y en su disputa con orgullo insano,
Solicitan anciosos y pretenden,
Cerca del trono de su Rey triunfante,
El cargo mas honroso y mas brillante.

XXIII.

Oye Jesus la singular contienda,
Que altiva en ellos la ambicion suscita;
Y de sus ojos al rasgar la venda,
Que en tan mísero error los precipita,
La verdadera, aunque espinosa senda,
Mostrarles de su reino sollicita ;
Y afable el rostro, sosegado el pecho,
Benigno se levanta y satisfecho.

XXIV.

Despójase en seguida silencioso
De la purpùrea túnica sagrada,
Con que sus hombros cubre ; y afanoso,
Ya en ancho vaso el agua preparada,
Uno por uno, tierno y cariñoso,
En tierra la rodilla prosternada,
Los pies les lava y con su propia mano
En blanco lienzo se los seca ufano.

XXV.

Absorto Pedro en tanto y sorprendido,
Cuando à sus plantas Jesu-Cristo llega,
Alzase de su sitio ; y confundido,
Honor tan grande à recibir se niega,
Que en ello à su Señor juzga ofendido,
Y que se aparte por piedad le ruega.
“¿Tú, prorrampe en su afan, siendo quien eres,
“Tú à mí, Señor, los pies lavarme quieres?”

XXVI.

“*Si pues no te lavare, ahora te digo,*
Tierno exclama Jesus y bondadoso,
“*Que no tendràs despues parte conmigo*
“*En el reino de Dios !. . Y temeroso,*
Al oir entonces el fatal castigo :
“No tan solo mis pies,” responde ancioso
Pedro al Señor con varonil firmeza,
“Mas mis manos tambien y mi cabeza.”

XXVII.

*“No así os lleneis de admiracion y espanto,
Tornándose pacífico à su asiento,
Ya otra vez puesto el purpúreo manto,
Prosigue el Salvador con suave acento,
Al terminar el lavatorio santo :
“No os sorprenda mi accion, pues es mi intento
“Haceros ver con públicas señales,
“Que todos en mi reino son iguales.*

XXVIII.

*“La constancia y la fé que habeis mostrado,
“Mi voz al escuchar y mi doctrina,
“Pronto empero un lugar privilegiado
“Daros podràn en la mansion divina.
“Mas ! ay ! . Repite triste y angustiado :
“El que mi muerte sin temor maquina,
“Ya la traicion sobre su rostro impresa,
“Sentado está tambien á nuestra mesa !”*

XXIX.

A semejante acusacion terrible.
Constérnanse otra vez !. . Pero impaciente,
Con apagado acento imperceptible,
Juan, que en el pecho de Jesus la frente
Tiene apoyada à su dolor sensible,
Quiere el nombre saber del delincuente ;
Y á su ruego el Señor, pan en el plato
Tranquilo moja, y se lo dá al ingrato.

XXX.

“Aquello que has de hacer, dícele luego
Con mirada profética y severa,
“Puedes hacerlo ya !. .” Entonces ciego
De despecho el traidor, la intriga fiera
Consumar piensa, y despidiendo fuego,
Erizada su roja cabellera,
Y lleno de ambicion su pecho impío,
Aléjase cólerico y sombrío.

XXXI.

El tiempo avanza !. . á sus hogares lento
Ya silencioso el pueblo se retira,
Fatigado, rendido y soñoliento !
Quietud ya todo y soledad respira,
Cansancio, languidez y abatimiento !. .
Jesus en tanto aproximarse mira
El sacrificio que su Dios le impone,
Y la Ciudad abandonar dispone.

XXXII.

*“A vosotros el reino que yo fundo,
“Ahora en mi ausencia engrandecer os toca ;
Dice à los suyos, y en su amor profundo,
Para ellos fuerzas al Eterno invoca.
“Vosotros por los ámbitos del mundo
“Mi nombre hareis correr de boca en boca ;
“Pero temblad !. . Porque en verdad os digo,
“Que habeis de ser cribados como el trigo.”* |

XXXIII.

*“Pronto vereis el tiempo designado,
“En que debo de todos separarme!..
“Pronto me buscareis, y en ningun lado,
“Hasta mi vuelta, lograreis hallarme,
“Ni responderos ya me será dado,
“Cuándo os escuche en la afliccion llamarme!
“Mas en tanto cumplida veis mi gloria,
“No mi acento borreis de la memoria!”*

XXXIV.

Lleno entonces de asombro y de respeto,
·Cuando su intento el Salvador le advierte
Pedro le mira y le pregunta inquieto :
“¿Pues dónde vais, Señor, que de esa suerte
“Os hemos de perder?.. Mas yo os prometo
“Seguiros si es preciso hasta la muerte,
“Y en defensa de vos y en donde quiera,
“Firme verter mi sangre toda entera.”

XXXV.

Y resuelto sin duda y valeroso.
Tal es la fè que, en tan solemne instante,
Noble abriga su pecho generoso.
Mas al verle Jesus tan arrogante,
Con indulgente labio cariñoso :
*“Antes que el gallo en esta noche cante,
Grave le dice, aunque ayudarme ofreces,
“Mi nombre Pedro negarás tres veces.”*

XXXVI.

Con blanda luego y paternal mirada
Contémpalos feliz !. . Mas en seguida,
*“Si nunca hasta el presente os faltó nada,
Añade con dolor, por vuestra vida,
“Desde hoy en adelante vuestra espada
“Llevad siempre dispuesta y prevenida,
“Y provisto el zurrón, por que inclementes,
“Contra vosotros se alzaràn las gentes.*

XXXVII.

*“La hora va sonar pues! Alzaos por tanto,
“Que ya es fuerza partir!..”* Y conmovido,
Cuando del himno el religioso canto,
Dando gracias à Dios dice rendido,
Con fatigada voz, su labio santo;
De los once discipulos seguido,
Tranquilo deja la ciudad umbria,
Y hàcia el monte otra vez sus pasos guia.”

CANTO TERCERO.

EL PRENDIMIENTO.

Surgite, eamus : ecce appropinquavit
qui me tradet.

S. Matheo, cap. XXVI, v. 46.

1.

¡ Triste está el mundo! . . Denegrido velo
Cúbrele por do quier, y fatigado
Yace en profundo y pavoroso duelo! . .
Entre el pálido cerco nacarado
De espesas nubes, que con raudo vuelo
La esfera cruzan, lánguido y turbado
Su débil luz opaca y cenicienta,
Lúgubre el astro de la noche ostenta..

II.

Solo el funesto y desabrido acento
Del cánabo fatal, que en la espesura
De las incultas breñas, su lamento
Al aire dá, con hòrrida tristura ;
O el éco sordo del cansado viento,
Que con ahogada voz gime y murmura,
Perdiéndose à lo lejos lastimoso,
Turban no mas su funeral reposo.

III.

¡ Todo duerme pàcífico en la tierra !
Casi hasta la creacion, mustia la frente,
Un instante tal vez sus ojos cierra,
Y á su silencio fúnebre, imponente,
Lleno de espanto el corazon se aterra !
Todo duerme en verdad, y solamente,
A su sombra mortal, velan la envidia,
Y la traicion con ella y la perfidia.

IV.

¡ Noche horrible y cruel !. . .noche oportuna
Para tramar intrigas y maldades,
Y hácia Jesus, sin compasión alguna
El ódio concitar de las ciudades !
¡ Noche fatal !. . .Hasta la turbia luna,
Del Ocaso en las tristes soledades,
A sepultarse corre estremecida,
La tierra al ver contra su Dios reunida !

V.

¡ Ni de una estrella el resplandor perdido
Rasga del éter el oscuro velo !
Ni un destello fugaz, casi extinguido,
Cruza por èl con instantáneo vuelo !
Todo parece en el abismo hundido,
Todo entre el mundo y el oculto cielo,
Todo es oscuridad !. . .Por eso airados
Se buscan en silencio los malvados !

VI.

Juntos están en lúgubre asamblea,
Discutiendo sus planes tenebrosos
Los sacerdotes de la ley hebrea,
Y escribas y magnates poderosos,
Que las tribus gobiernan de Judea ;
Quienes del nombre de Jesus celosos,
Buscan pretesto, en su razon perdida,
Para quitarle sin piedad la vida.

VII.

Juntos están, Y en su furor ardiente :
¡Fuerza es que un hombre por el pueblo muera
para poder salvar toda la gente !”
Dijo Caifás, á cuya voz severa
Oyó el senado, que impaciente,
Por una ocasion tan solo espera,
Y teme ver, como su muerte vote,
Que, siendo fiesta, el pueblo se alborote.

VIII.

Y resolver pretende en tales dudas,
Los medios mas prudentes y acertados,
Cuando ambicioso y vengativo Júdas,
Los ojos de furor desencajados,
Torpe la accion, las expresiones rudas,
Sus ásperos cabellos erizados,
A su presencia trémulo parece,
Y entregarles á Cristo les ofrece,

IX.

Entonces pues, los príncipes hebreos,
De acuerdo con el Sumo Sacerdote
Los escribas y odiosos fariseos
Determinan con Júdas Iscareote,
Ansiando ver cumplidos sus deseos,
Sin que la inmensa multitud lo note,
Que antes que el sol al horizonte llegue,
Cuando esté solo, al Nazareno entregue.

X.

¡ Y por precio de tanta alevosia,
En el funesto pacto convenido,
Treinta monedas, con mirada impía,
Guarda ansioso el traidor !. . Y fementido,
Su insolencia ostentando y su osadía,
En busca de Jesus parte seguido
De sangrientas legiones, que cargadas
De piedras ván, de palos y de espadas.

XI.

Y en sus torpes, estúpidas facciones,
En su seño infernal, horrible y fiero,
npresas de su pecho las pasiones :
Seguidme !” exclama crudo y altanero
discípulo infiel á los sayones.
eguidme ya, y aquel á quien primero
on un ósculo yo salude, al verle,
quel será Jesus, podeis prenderle.”

XII.

Y à los rayos de luz amortiguados
De empañadas linternas, que encendidas
Llevan tambien los míseros soldados,
Resueltas al instante y decididas,
Por sendas y caminos desusados,
Las turvas, á los príncipes vendidas ;
En pos de Júdas van, que astuto y diestro,
Seguro está de hallar à su maestro.

XIII.

En tanto pues que el fementido bando
Con paso firme sin cesar camina,
Tranquilo el Salvador, con éco blando.
A los suyos instruye en su doctrina.
Y del torrente de Cedron cruzando
Las negras aguas, pronto à la colina
Del monte llega, y de sus males cierto,
Vase à Jetsemaní y entra en el huerto.

XIV.

De Jaime, Pedro y Juan acompañado,
Dirígese en seguida silencioso
Al parage mas alto y retirado
De la santa heredad. Y doloroso,
Lleno de pesadumbre y angustiado,
De su muerte al recuerdo pavoroso:
“*Velad y Orad, les dice, y prevenidos,*
“*No os hallé aquí la tentacion dormidos.*”

XV.

Cruda en tanto, volcànica, inclemente
La congoja mortal, que su alma aqueja,
Y dura oprime su abatida frente,
Las destrozado el corazon le deja!
Triste luego, el ademan doliente,
En lento paso de los tres se aleja,
Á un tiro ya de piedra separado
Qstérnase rendido y fatigado. •

XVI.

Y apoyando su rostro contra el suelo,
Herido del dolor mas espantoso,
Y sus ojos despues alzando al cielo,
Hace á Dios Oracion . . . Y fervoroso :
“*Padre, esclama con hondo desconsuelo,*
“*Ten compasion de mi ! . . . Mas si es forzoso*
“*Que apure el Caliz, por que asi te agrada,*
“*Cúmplase en mi tu voluntad sagrada.*”

XVII.

De làgrimas sus pàrpados henchidos,
Reclina débilmente su cabeza ;
Y con tristes y lúgubres gemidos,
Llena el alma de angustia y de tristeza,
Mirando á sus discípulos queridos :
“*Oh Pedro, añade, oh Juan ! . . Ya mi firmeza.*
“*Dentro del corazon, cede y vacila,*
“*Y el miedo de la muerte me aniquila !”*

XVIII.

Oyelo Pedro y de temor se espanta,
Y tiembla Juan, y Jaime se estremece,
Y atónitos los tres á su voz santa,
Contúrbanse tambien! . . . Violento crece
El mal que horrible al Salvador quebranta !
Y de nuevo su aliento desfallece,
Y con ferviente súplica amorosa,
Torna á los Cielos su mirada ansiosa.

XIX.

Súbito entonces à su ronco ácento,
Débilmente en sus labios estinguido,
Y de su pecho al funeral tormento,
En vano por su amor ya combatido,
Rásgase el enlutado firmamento,
De su padre à una voz, que conmovido,
Para calmar su angustia y su agonía,
Hasta él un ángel de su gloria envía.

XX.

Mas y mas en su pena sin embargo
Abísmase Jesus !. . . Mas y mas triste,
De sus ojos vertiendo llanto amargo,
Con mas fervor en su oracion insiste.
Y mientras yerto, en hórrido letargo,
Tanta afliccion su espíritu resiste,
Gotas de sangre suda, y tanto crecen,
Que la tierra y las piedras humedecen!

XXI.

Amoroso despues, ya mitigado
El intenso dolor que su alma aflige,
Levántase Jesus !. . . y sosegado,
Breve su planta hácia los tres dirige,
Que duermen sin temor y sin cuidado.
“Asi cumplis, esclama, lo que os dije! . . .
“Velad. . . velad y orad! . . . No el cuerpo duerma,
“Por que la carne está débil y enferma!”

XXII.

Y de nuevo, turbados sus sentidos,
Al padre eleva su ardoroso ruego:
Y á sus fieles discipulos queridos
Torna á buscar! Mas, con fatal sosiego,
Segunda vez los halla tan dormidos,
Que ni aun oyen su voz! Y al volver luego,
Despues que acaba su oracion postrera,
A que se cumpla su destino espera.

XXIII.

*“Ya os es dado dormir, si asi os agrada,
“Y al descanso entregados y al reposo,
Dice á los tres, el alma acongojada,
Y triste el corazon y fatigoso.
“Ya os es dado dormir! . . . Mas ved llegada
“La hora de mi pasion! . . . El alevoso,
“Seguido de los suyos, está dentro,
“Y ès fuerza que salgamos á su encuentro.”*

XXIV.

En el mismo momento, à su presencia,
Delante de los míseros sayones,
Que con infame y bàrbara insolencia
Presurosos enristran sus lanzones,
Llega el torpe traidor! Y sin conciencia,
Ocultando sus viles intenciones,
Acércase à Jesus, y horriblemente
Un beso imprime en su agoviada frente.

XXV.

“Dios te guarde” murmura confundido.
Y à su voz el Señor cobrando aliento,
“Amigo, le responde, ¿ à qué has venido?
“Con un beso me entregas?..” Y al momento,
El à su escolta sin temor reunido,
Ya consumado su infernal intento,
“Vedle!” implacable grita. “Vedle, vedle!..
“Ese es el mismo à quien buscais. . . prendedle!”

XXVI.

Entonces Cristo, al escuchar afable
Los tenebrosos écos destemplados
De su labio infeliz y miserable :
“*El mismo soy !*” les dice à los soldados,
Que de lúgubre espanto, inesplicable,
De admiracion y de sorpresa helados,
Al éco de su voz, que los aterra,
Caen cual si un rayo los lanzara en tierra.

XVII.

Vueltos de su estupor, más decididos,
Pronto sus armas recobrar procuran,
Y mas y mas del ódio poseidos,
“Pues si es Jesus de Nazaret, murmuran,
“No hay piedad !..” Y torpes y atrevidos,
Con ásperos cordeles le aseguran,
Y en sus semblantes el furor impreso,
Entre sus lanzas le conducen preso.

XXVIII.

Al mirar los apóstoles cumplida
Del Salvador la prediccion funesta,
A su defensa hasta perder la vida,
Cada cual de ellos con valor se apresta.
“Hablad, Señor!”...exclaman. Y en seguida,
Ni aun siquiera esperando la respuesta,
Su espada empuña Pedro, y sin tardanza,
Sobre la chusma con ardor se lanza.

XXIX.

Y al duro golpe de su tosco acero,
Que descarga feroz sobre un criado
Del Sumo Sacerdote, al cual primero
Alcance logra dar, Malco llamado,
Sepárale una oreja altivo y fiero.
Mas al verle Jesus ensangrentado,
La herida toca y con portento breve,
Ni aun deja en ella la señal mas leve.

XXX.

Y volviendo á Pedro afectuoso,
“Torna, le dice, tu cortante espada
“A la vaina otra vez, porque es forzoso
“El cáliz ya de mi pasión sagrada
“Resignado apurar! . . . No impetuoso
“Vuelvas la mano à levantar armada
“Del hierro asolador, por que es bien cierto,
“Que el que mata con él, con él es muerto.

XXXI.

“Si yo el auxilio de mi padre amado,
“Contra el rigor de tan inicua gente,
“Quisiera ahora implorar, como me es dado
“Mil ángeles y mil súbitamente
“Descendieran del cielo hasta mi lado ;
“Y á su aspecto magnífico, imponente,
“Temblara de pavor ! Pero es debido
“Que lo que escrito está quede cumplido,”

XXXII.

*“Por eso, añade, á la caterva impía
Dirigiendo su voz, por eso, al verme,
“Cuando en el Templo y á la luz del dia
“Yo á vuestros ojos, indefenso, inerme
“En público á las turbas instrua,
“No tuvisteis valor para prenderme ;
“Y hoy, de aguzadas picas rodeado,
“Sugeto me llevais como à un malvado.*

XXXIII.

Entónces ya, con hondo desconcierto,
Los apóstoles todos abatidos,
La fuga emprenden en su rumbo incierto
Por los toscos sayones perseguidos.
Y á uno alcanzan tan solo, que cubierto
Con blanco lienzo va ; mas sorprendidos
Quèdansen al ver que la emboltura deja,
Y desnudo y veloz corre y se aleja.

XXXIV.

Triste en tanto Jesus y silencioso,
Fuertemente oprimido y maniatado,
Pero firme en su paso y animoso,
Por imponentes guardias escoltado,
En medio del tropel escandaloso,
Que con insultos mil marcha á su lado,
Llega á Jerusalem, donde inclementes
Sus verdugos le aguardan impacientes.

XXXV.

Firmes empero, y en su fé constantes,
Inquietos Pedro y Juan, que no imaginan
La muerte de Jesus, y vigilantes
De su prision el fin ver determinan ;
Del tumulto infernal siempre distantes,
Con tardo paso à la ciudad caminan,
Y en sus calles penetran azorados,
Entre el bando de esbirros y soldados.

CANTO CUARTO.

EL PROCESO

Astiterunt reges terræ et
principes convenerunt in unum
adversus Dominum et adversus
Christum ejus.

Salmo II. v. 2.

I.

¡ Todo es agitacion !. . Como el rugido,
Que lanza en su furor la mar sombría,
Cuando en lucha terrible confundido,
Crudo y violento el huracan porfia,
Y sus olas combate embravecido ;
Asi la ronca y fuerte gritería
De la sangrienta chusma amotinada,
Déjase oír confusa y prolongada.

II.

Al terroroso estrépito alarmante,
Que por do quiera se difunde en breve,
Despierta el pueblo todo; y vacilante,
Y curioso se agita y se conmueve ;
Y uniéndose à las turbas al instante,
Y celebrando el prendimiento aleve
Del hombre Dios, tras él se precipita,
Y verle y contemplarle solicita.

III.

En hórridas tinieblas vaporosas
Sumido yace el dilatado espacio,
Mientras con torpes álas perezosas,
Huyendo el tiempo vá lento y despacio.
Ni sus pálidas ràfagas graciosas,
Ni su cerco de nacar y topacio
La luna ostenta ya, ni en torno bellas
Resplandecen las fúlgidas estrellas.

IV.

Rojas llamas no mas, casi estinguidas,
Que oscilantes despiden y agitadas
Las resinosas hachas encendidas,
Y las grandes linternas empañadas,
Alumbran la ciudad! Y denegridas,
De su luz al reflejo, y abultadas,
Distìnguense las lívidas facciones
Dé los fieros esbirros y sayones.

V.

Véñse tambien al turbio, amarillento,
Y débil resplandor, perderse oscuros,
Alzándose hácia el negro firmamento,
De la mansion de Anás los fuertes muros;
Donde al brusco y continuo movimiento
De los lánguidos rayos, inseguros,
Con gigantescas formas desiguales
Retratarse las turbas infernales.

VI.

Dentro está ya Jesús! . . . Grave y severo,
Ronca la voz, el habla balbuciente,
Y sañudo el semblante y altanero,
Saber pretende Anás, por qué imprudente,
Reuniendo en torno suyo al pueblo entero,
Nuevos dogmas le enseña libremente :
Y con qué autoridad quiere y desea
Las leyes reformar de la Judea.

VII.

De su irónico labio, desdeñoso,
El insultante acento desabrido
Escucha el Salvador, y bondadoso,
Contemplando al magnate enfurecido:
“*Como siempre, le dice afectuoso,*
“*En el templo no mas mi voz ha oido*
“*Ese pueblo, que hoy ya tras mi se junta,*
“*El puede responder á tu pregunta.*”

VIII.

Ciego entonces, con bárbara osadía,
Un criado de Anás, que ya impaciente,
Su perfidia ocultando y su falsía,
Allí para acusarle está presente ;
Levantando feroz su mano impía,
Y â su lado acercándose inclemente,
Sobre su rostro, con atroz violencia,
Sin temor la descarga sin conciencia.

IX.

“¿ De ese modo,” colérico le grita,
Con ardiente mirada, âspera y dura;
“De ese modo tu lengua solicita
“Al Pontifice hablar? . . Crees por ventura
“Que audacia tanta aquí te se permita?”
Mas Jesus le contesta con dulzura:
“¿He errado en lo que hablè? . . Dilo si quieres.
“Mas si no he dicho mal, ¿por qué me hieres?

X.

Hállanse en tanto con Caifás reunidos
Los príncipes, escribanos y doctores,
Que á sentenciarle á muerte decididos,
Escuchando á los viles detractores,
En su palacio están ! Y entre silbidos,
Y mil gritos y mil, que atronadores
Lanza sin fin la muchedumbre ciega,
Pronto el Señor ante sus jueces llega.

XI.

Allí sin compasion alborotados
Sus torpes y alevosos enemigos,
De crímenes por ellos inventados,
Preséntanse á la vez á ser testigos ;
Y en torno del Consejo amontonados,
Execrables y bárbaros castigos
Soberbios piden, y con crudo enojo,
Mas y mas le calumnian á su antojo.

XII.

Del feroz populacho, que insensible,
En duras é insultantes espresiones,
Ya sin concierto se desata horrible,
Oyendo están las falsas delaciones
Los altos jueces, que con saña impía,
Pretenden en su afan claras razones,
Para poder fallar, si de ellas ajenos,
Con apariencia de justicia al ménos.

XIII.

A la implacable acusacion funesta,
Grave y severo el Tribunal altivo
Demanda al Salvador pronta respuesta.
Mas al ver que su labio inofensivo
Ni una palabra à su pesar, contesta,
Agítase Caifás, y por Dios vivo
Jura que ha de decir, mal de su grado,
Si es Cristo, hijo de Dios, el acusado.

XIV.

Al ver entóncces, tan tenaz porfía,
“*Tu lo has dicho:*” con plácido sosiego,
Respòndele el Señor. “*Y vendrà un dia,*
“*En que el hijo del hombre, añade luego,*
“*Lleno de magestad y de alegria*
“*Sobre un trono de nubes y de fuego,*
“*A la diestra de Dios cruce la esfera*
“*Y descienda á juzgar la tierra entera.*”

XV.

Súbitamente, al escucharlo, airado
Levántase Caifàs. Y en su locura,
Con imperioso acento destemplado,
Desgarrando á la vez su vestidura:
“*Qué mas quereis oir? ¡Ha blasfemado!*
Grita feroz, y afirma y asegura,
Que en aquello no mas causa hay cumplida
Para quitarle sin temor la vida.

XVI.

¡ Pavoroso rumor, cual prueba clara
De horrible y torpe aprobacion, se siente !
Ni su justicia al Redentor ampara,
Ni hay una voz que su inocencia ostente
Al ciego tribunal, que alli declara,
Con unánime afan, que es delincuente ;
Y faltando à su fé y á su conciencia.
A la pena de muerte le setencia.

XVII.

Y con hondá inquietud amontonados,
Ya los jueces y el pueblo confundidos,
Agitanse en tropel desenfrenados;
Y de contento y de placer henchidos ;
Otra vez al furor de los soldadós,
Fuertemente sus brazos oprimidos,
Entregan à Jesus, que tanta ofensa
Humilde sufre con bondad inmensa.

XVIII.

En tanto del palacio pontificio
A las robustas puertas, ya cerradas,
Nuevas turbas con hórrido bullicio
Se agolpan sin cesar alborotadas;
Y del hijo de Dios el sacrificio,
Con penetrantes voces destempladas
Y gritos y blasfemias espantosas,
Una vez y otra vez piden furiosas.

XIX.

Dentro del atrio, armada y prevenida
De las cãrdenas llamas de una hoguera
Que tienen los soldados encendida,
Adusta en derredor grave y severa
La guardia está del principe reunida,
Disputando entre sí terrible y fiera,
En recio tono, que por grados crece,
La enorme pena que Jesus merece.

XX.

Lleno de sobresalto y pesadumbre
Allí Pedro tambien que fatigado,
Aparte de la odiosa muchedumbre,
Entrar logró por medio de un criado ;
Con profunda atencion junto á la lumbre,
Entre la vil canalla colocado,
Oyendo està del Redentor Divino
Anunciar el fatídico destino

XXI.

Y en el temor su corazon se agita,
Y à la esperanza en su interior se entrega,
Y de salvarle en la ocasion medita,
Cuando à mirarle una muger se llega
Y à los esbirros y soldados grita :
“¡Este es de ellos tambien! . . .” Mas él lo niega,
Y al verse apellidar de los de Cristo,
Protesta ingrato que jamás le ha visto.

XXII.

Poco tiempo despues junto á la hoguera
Atenta otra muger en él repara ;
Y festiva mostrando y placentera
Del viejo apóstol la rugosa cara :
“¡No hay duda! exclama. Aunq' negarlo quiera,
Este es de ellos tambien.” Pero él declara,
Y afirma y jura, de impaciencia lleno,
Que ni aun sabe quien es el Nazareno.

XXIII.

“¡No hay duda!.. De ellos es!..” brusco á su lado
Grita luego un sayon con frente erguida.
Y un pariente á la vez de aquel criado,
Que á su espada debió sangrienta herida,
Pronto fijando en él, con gesto airado,
Su mirada soberbia y atrevida :
“¡Verdad ! ¡Verdad! *“les dice. “Si por cierto*
Yo mismo con Jesus le ví en el huerto.

XXIV.

Entonces Pedro, ante la turba fiera,
Que mas en su sospecha se asegura
Y tenaz en sus cargos persevera.
Y con preguntas sin cesar le apura,
A Cristo niega por la vez tercera ;
Y con mas grande ardor protesta y jura
Que ni sabe quien es, ni le ha seguido,
Ni le conoce, ni su nombre ha oido.

XXV.

Y aun resuena en su labio el juramento,
Cuando el altivo gallo alborozado
Al aire dà su penetrante acento !
Y benigno Jesus que, ya juzgado,
Al àtrio llega entre el tropel sangriento,
Siempre de lanzas sin piedad cercado,
Con dulce y tierna y paternal mirada
Recuèrdale su oferta quebrantada.

XXVI.

Al contemplar su inmensa desventura,
Yerto el apóstol de terror y espanto
Y herido de dolor y de amargura;
Apenas oye el desabrido canto,
Del atrio sale, y con mortal tristura,
Prorrumpe en hondo y fervoroso llanto,
Y en lágrimas deshácese, y contrito
Con ella lava su fatal delito.

XXVII.

Al mismo tiempo la feroz caterva
De esbirros miserables y sayones,
En torno de Jesus, cruda y proterva,
Sin pudor en sus bárbaras acciones,
Sin fé en el corazon y sin reserva,
Con toscas é injuriosas expresiones,
E insaciable rencor, que horrible crece,
Le amenaza, le insulta y escarnece.

XXVIII.

Y á par que el uno se le acerca ufano,
Y mofándose de él con ironía,
Le escupe sin piedad ; otro inhumano
Sus ojos cubre, y descargando impía
Sobre su rostro la execrable mano,
Con alevosa y pérfida osadía :
“Supuesto que profeta te has creído,
“Adivina, *le dice*, quien te ha herido.”

XXIX.

Y aumentase el desórden, y espantoso,
Por todas partes ya cunde el tumulto ;
Y á las puertas del atrio, estrepitoso,
Mas y mas grita el populacho inculto,
Y mas y mas agólpase furioso ;
Mientras con tierno amor, à tanto insulto,
A tanta sinrazon torpe y funesta,
Ni una palabra el Salvador contesta.

XXX.

Ráfagas bellas de marfil en tanto,
De la noche al traves, confusamente
De fuego salpicadas y amaranto,
Déjanse ver hácia el lejano Oriente ;
Y al par envuelto en su rosado manto,
Mostrando al Orbe su azulada frente,
La aurora nace, desgarrando el velo,
Que el mundo cubre y oscurece el cielo

XXXI.

Ya crece su fulgor, nuevos colores
De topacio y carmin dando à la esfera ;
Y entre densos y pàlidos vapores
La enlutada deidad huye lijera.
Ya ostentando los gratos resplandores
De su hermosa y dorada cabellera,
En su carroza, que esplendente guia,
Asoma el sol y reaparece el dia.

XXXII.

Y apenas mira en la celeste cumbre
Su luz brillar el tribunal hebreo,
Por que no es ni su ley ni su costumbre
Juzgar de noche y sentenciar à un reo ;
Seguido de la inmensa muchedumbre
Que mas se afana en su feroz deseo,
Al templo se traslada y sin clemencia
Confirma horrible la mortal sentencia.

XXXIII.

Mas como quiera que aunque asi le es dado
Decidir los delitos en juicio,
Y la muerte fallar de un acusado,
Luego à su ejecucion resta propicio
El voto del supremo magistrado :
Pronto à Jesus, con infernal bullicio,
Toscos sayones que sus armas lucen,
Mauiatado al Pretorio le conducen.

XXXIV.

De la comarca à la sazón Pilatos
Gobernador por los romanos era ;
Y al escuchar los écos insensatos
De la rabiosa turba que, severa,
Con nuevos y mas grandes desacatos
En pos del Salvador corre lijera ;
Delante de ella al magistrado altivo
De sus quejas saber quiere el motivo.

XXXV.

Fuerte entonces, aguda y prolongada
Cunde y crece sin fin la griteria !
Mas huyendo el quedar contaminada,
Si en tan solemne y señalado dia
Penetra de un gentil en la morada ;
Su pié detiene la caterva impia,
Al llegar al vestibulo, y sangrienta
Ante él la causa de Jesus presenta.

XXXVI.

Y en su delirio, y en su rabia ardiente,
Con mas furor la multitud confusa
La pena capital pide inclemente !
Y al ver que sordo à su clamor se excusa,
Y no cede á su empeño el Presidente,
Hasta el crimen saber de que le acusa :
“Nunca el hombre, en verdad, á tí viniera,
“Falaz le dice, si inocente fuera.”

XXXVII.

“Leyes por cierto vuestros juecés tienen,”
Poncio Pilato le responde erguido :
“Ellos á su placer que le condenen
“Y la muerte le den si ha delinquido.”
Mas no á su voz las turbas se contienen,
Y en su loco furor mal reprimido,
“Nosotros, gritan, la mortal sentencia
“No podemos cumplir sin tu licencia.

XXXVIII.

Y añádenle despues que el acusado
La paz del pueblo turba, y sedicioso
Contra el César tambien se ha revelado
Negándole el tributo ; y que orgulloso
De Cristo el nombre sin temor se ha dado ;
Y pretenden por tanto que es forzoso
Condenarle á que muera ; y sin respeto
Temibles piden el fatal decreto.

XXXIX.

Al ver Pilátos que el tumulto crece
Y mas se aumenta del tropel la ira,
Juzgar á Cristo por su ley ofrece
Y dentro del Pretorio se retira.
Mas luego que á su vista comparece,
Y ante él tranquilo al acusado mira,
Con blando acento averiguar desea
Por qué se llama Rey de la Judea.

XL.

“¿*Hablas eso por tí? ¿O es solamente,*
Cristo responde “*porque lo has oido?*”
Entonces indignado el Presidente
Desdeñoso el semblante y resentido :
“¿Soy yo acaso, le dice, de tu gente,
“Para saber si asi rey te has creido?
“Tus Pontífices son los que te oprimen ;
“¿De qué te acusan pues? ¿Cual es tu crimen?”

XLI.

“*No es por cierto del mundo mi reinado,*
Contéstale el Señor; *pues si lo fuera,*
“*Y el trono de mi Imperio colocado*
“*De la tierra en el ámbito estuviera ;*
’ *No á mi poder solícito y armado*
“*Ejército faltara que pudiera*
“*Del odio de esa turba empedernida,*
“*Firme y constante defender mi vida.*”

XLII.

“¿Luego eres rey?” Entonces impaciente
Pilatos le interrumpe, y sorprendido,
“*Tú dices que soy rey. Seguramente,*
Añade el Salvador, *Rey he nacido* ;
“*Y aunque ves contra mi toda esa gente,*
“*Al mundo para serlo he descendido,*
“*Por que dar fe de la verdad intento,*
“*Y el que es de la verdad, oye mi acento,*”

XLIII.

“¿Y à qué llamas verdad ? pregunta altivo
Pilátos à Jesus. Mas sin pararse.
La respuesta á escuchar, con ceño esquivo,
Ante el pueblo volviendo á presentarse,
Que no hay causa le anuncia, ni hay motivo,
Ni halla justa razon en que fundarse,
Ni él, contra su deber y su conciencia,
Aprueba de aquel hombre la sentencia.

XLIV.

Cual de la hiena el lúgubre rugido,
Penetrante se escucha y espantoso
Del tumulto el clamor! Y endurecido,
Y mas y mas el pueblo impetuoso
En su demanda insiste decidido,
Pretestando otra vez que, sedicioso,
Desde Jerusalem á Galilea,
Trae conmovida à toda la Judea.

XLV.

Discurre en tanto el Príncipe impaciente
Como evadirse del motin hebreo,
Y la vida salvar del inocente.
Y al escuchar que Cristo es galileo,
Haciendo ver que solo al Presidente
De su comarca corresponde el reo :
Del ominoso cargo se desvia,
Y al tribunal de Heródes lo confia,



XLVI.

Harto ya de su fama noticioso,
De grande afan por conocerle lleno
Y sus prodigios ver ante él gozoso
Recibe el nuevo juez al Nazareno
Y mil preguntas le dirige ansioso ;
Mas à todas pacífico y sereno,
Entre la turba delirante y ciega,
Mudo Jesus á responder se niega.

XLVII.

Torva mirada, acaso sorprendido,
Fija Heródes en él ! . . Y con desprecio,
Despues de haber su acusacion oido,
Que no merece en su interior aprecio;
De blanco lienzo como rey vestido,
En señal de irrisión y menosprecio,
Muéstralo ufano á la caterva impia,
Y de nuevo á Pilatos se lo envía.

XLVIII.

Y fuerte entónces, inflexible y justo,
La espantosa y horrible efervescencia
Del pueblo al ver que con mayor disgusto
A voces pide la mortal sentencia ;
Del Pretorio otra vez, con ceño adusto,
Resuelto á no faltar à su conciencia,
Y á librar del suplicio al inocente,
Con èl torna á salir el Presidente.

XLIX.

Y ante el tropel indómito y sangriento,
Que amenazante hácia Jesus avanza,
Y cada vez mas fiero y descontento
Ecos de muerte sin concierto lanza;
Altivo exclama, con sonoro acento,
Que no la Ley à castigarle alcanza,
Porque ni Heródes ni él causa han hallado,
Que pueda condenar al acúsado.

L.

Y darle al punto libertad medita,
Y decidido su intencion declara;
Mas, á su voz, frenético se agita
El populacho infiel, y se prepara,
Y en ademan hostile, blasfemo grita !
Y el desórden arrecia y la algazara,
Y aumentase el tumulto, y por do quiera
Todos se obstinan en pedir que muera !

CANTO QUINTO.

LA SENTENCIA.

Tolle, tolle. Crucifige eum.
S. Juan, Cap. XIX, v. 13.

1.

¡Qué haces, pueblo infeliz!...¡A dónde osado
Llevas tu loco y temerario intento!....
¡A dónde, dí, soberbio y obstinado
Te lanza tu furor!.. ¡Qué horrible acento
Deja escapar tu labio desdichado!
¿No te arredra el fatal presentimiento
De que esa muerte, que tu error desea,
Tambien tu muerte y exterminio sea?..



II.

¡ A dónde, à dónde te conduce impío
El vértigo infernal que te arrebató,
Y tus párpados venda y tu alvedrío,
Subyuga á su poder! . . . ¡ Como insensata,
A tan torpe y funesto desvarío
Te arrastra tu pasión! . . Dí, ¡cómo ingrata,
A quien su vida por salvarte ofrece,
Tu lengua vil ultraja y escarnece! . . .

III.

Cómo tanta maldad! Y el pueblo odioso,
Que así contra Jesús se desenfrena
Impune ha de quedar! . . Por qué furioso,
Desgarrando el dogal que le encadena,
No se alza el aquilon tempestuoso,
Y en torbellinos mil, montes de arena
De los desiertos arrancando fiero,
Sobre él los lanza y lo sepulta entero! . .

IV.

¡ Por qué no al par, violenta y denegrida
La bramadora tempestad se extiende,
Y en lluvia de centellas convertida,
A raudales sin fin sobre él descende,
Y hace su templo arder, y à su caída,
Por todas partes la ciudad enciende,
Y sus hogares y sus torres hunde,
Y entre el polvo y cenizas lo confunde!

V.

¡ Por qué á una voz del Dios Omnipotente,
Que rige á su placer los elementos,
Y agita el mar, y lleva des de Oriente
Hasta el Ocaso el Sol, y de los vientos
Lanza airado al traves el rayo ardiente ;
Por qué no se estremecen los cimientos
De esa ingrata ciudad, y á sus piés mismos
Se abren en fin los hórridos abismos ! . . .

VI.

¡Jerusalem!. . . ¡Jérusalem!. . . ¡Qué intentas!. . .
¡ Qué es lo que vas à hacer desventurada !. . .
Esas tus hordas torpes y sangrientas,
Que cercan de Pilatos la morada,
Y de venganza, en su furor sedientas,
Pidiendo están con voz desentonada
La muerte de Jesus; en breve heridas
Caeràn con tus despojos confundidas!

VII.

¡Pueblo infeliz, cuya fatal memoria
Arredra el corazon !. . .Harto infalible
Tu exterminio se anuncia en tu victoria !. . .
Del alto Dios arcàngel invencible
Pronto veràs desde su excelsa gloria
Hasta tí descender; y al par terrible,
Su flamìgera espada sacudiendo,
Destruir tus muros con horrible estruendo!

VIII.

Mira y contempla ya cuan breve expía,
De un árbol por su mal allí pendiente,
El discípulo infiel su alevosía!
En vano el miserable se arrepiente
De su funesta y bárbara falsía!
En vano el peso de su crimen siente,
Y á los escribas de volver intenta
El precio vil de su traidora venta!

IX.

¡En vano les conjura el desdichado,
Con fervorosas y sentidas preces,
Que salven à Jesus! Triste y turbado
En vano las monedas, que los jueces
Se niegan à admitir, arroja á un lado
Del templo del Señor, y una y cien veces,
Trémulo de pavor, yerto y contrito
Su iniquidad confiesa y su delito!



X.

¡Hélo correr, con insegura planta,
Huyendo de sí mismo sin concierto,
Que por do quiera su maldad le espanta,
Y un abismo á sus pies muéstrale abierto!
¡Hélo echando un dogal à su garganta,
Convulso el pecho, de sudor cubierto,
Suspenso de una rama, en su porfia,
Luchar y reluchar con la agonía!

XI.

¡Hèlo sin vida en fin, ya ensangrentados,
Y fuera de las órbitas sus ojos;
Mústios sus labios, cárdenos é hinchados;
Negro el semblante, y sus cabellos rojos,
Que el viento hace mover, casi erizados!...
¡Hélo y tiembla, infeliz!... Esos despojos,
De que ni aun rastro dejará la muerte,
Tu destino te anuncian y tu suerte!

XII.

Mas forzoso es que aun antes la escritura
Se cumpla en el Señor!.. ¡ Cual si no fuera
Del mísero mortal la desventura,
Al ver gozoso de la luz primera
El claro resplandor!.. Duelo y tristura,
Y luto nada mas la tierra entera
Pudiérale ofrecer, y hondo quebranto,
Y tormentos, y horror, y eterno llanto.

XIII.

Por eso en su impiedad desenfrenadas,
De todas partes imperiosas llegan
Las turbulentas hordas, que agitadas
En torno del Pretorio se congregan ;
Y mas en su propósito obstinadas,
Con mas encono à su furor se entregan,
Otra vez y otra vez, con pecho inquieto,
Pidiendo ansiosas el fatal decreto.

XIV.

Cierto està sin embargo el Presidente
De la injusticia, con que el pueblo airado
La muerte de Jesus grita inclemente,
Mas de instante en instante alborotado,
Y queriendo salvar al que inocente,
Por ódio y sin razon es acusado,
Para aplacar tan bårbara exigencia,
Al castigo de azotes le sentencia.

XV.

Mas pronto al ver que altivo y descontento
No se conforma con tan leve pena,
Ni que á su blando y amistoso acento
El infernal tumulto se serena ;
Sino que asi á Jesus à otro tormento,
Ademas de la muerte le condena,
Quando librarle intenta y solicita,
Nuevo recurso en su interior, medita.

XVI.

Inquieto pues, atento á su deseo,
Discurre, al ver la singular porfia,
Ser costumbre fornal del pueblo hebreo,
Para mas celebrar el sacro dia
De la fiesta pascual, soltar à un reo,
Ya de la ley, por torpe malfetria,
Sometido al poder, y ante él juzgado
Y à la pena de muerte condenado.

XVII.

Preso por tanto un malhechor famoso
Se hallaba á la sazón : fiero y temible
Llamado Barrabas ; facineroso,
De torvo ceño y de mirada horrible ;
Homicida, ladron y sedicioso,
Y antes del pueblo agitador terrible,
A quien los jueces, que su causa vieron,
El último suplicio le impusieron.

XVIII.

Asi creyendo, al recordar el dia,
Que de tan grande criminal al lado,
Si al pueblo la eleccion se le ofrecia,
Proceso con proceso comparado,
El pueblo al Nazareno elegiria ;
De cada cual Pilatos confiado,
La inocencia y los crímenes expone,
Y de Jesus la libertad propone.

XIX.

Mas viendo los escribas que, su acento
La turba al escuchar, blanda se inclina,
Y ya se presta á secundar su intento ;
Dirigenle su voz, que le alucina,
Haciéndole cambiar de pensamiento.
Y de nuevo se alarma, y se amotina,
Y con mas fiero ardor crece el tumulto,
Y al fin de Barrabas pide el indulto.

XX.

Por tanto ya frustrada su esperanza,
Excítale de nuevo el Presidente ;
Mas no pudiendo al cabo la balanza
Decidir à favor del inocente,
Y viendo á su pesar que nada alcanza :
“¿Qué se ha de hacer entonces” impaciente,
Con ronca voz pregunta á los impíos ;
“Qué se ha de hacer del Rey de los judios? . . .”

XXI.

En grupos mil al punto amontonada,
La caterva cruel, clamando ansiosa,
Segunda vez movida y hostigada
Por la tropa fatídica y odiosa
De escribas y doctores, que obstinada
Murmura en derredor, cruda y furiosa :
“¡Qué se ha de hacer !” responde al escucharle ;
“¡Qué es lo que se ha de hacer! . . . *Crusificarle!*”

XXII.

Grave y erguido, con mirar sombrío,
Al éco de los gritos insensatos
Del hirbiente tropel, que en su extravío,
Dócil se presta á los que mas ingratos
Mas fomentan y mas su desvario ;
Del Pretorio otra vez Poncio Pilatos
Preocupado su espíritu se aleja,
Y á Jesucristo en su poder les deja.

XXIII.

¡Pueblo infeliz !. . El corazon henchido
De ardiente indignacion, dentro del pecho,
Agítase violento, conmovido,
Y en amargura y en dolor deshecho !. .
Túrbase el pensamiento entristecido,
Piérdese la razon, y en su despecho,
El alma gime, y comprimida y yerta
Tanta maldad á concebir no acierta !

XXIV.

¡Mil veces infeliz!... Ya en su locura,
Sin poderse tener, suelta insaciable
La rienda á su furor!... Y grita, y jura,
Y doblando falaz y abominable
Sus blasfemias sin fin, con voz impura,
Mas y mas se revela, y miserable,
De irritacion y de impaciencia lleno,
Se apodera otra vez del Nazareno.

XXV.

¡La mano tiembla!... El númen se oscurece,
Que no es facil trazar, de espanto herido
El cuadro horrendo que el Pretorio ofrece!...
Al recuerdo fatal sobrecogido,
Confúndese el mortal y se estremece,
Y fatigado y en su afan rendido
Al peso enorme, que su mente abruma,
Lijero arroja la impotente pluma!



XXVI.

¡Dios de eterna bondad!.. Ya en un instante
Del palacio en el atrio convocada
La hedionda soldadecza repugnante,
De las masas del pueblo rodeada,
En torno de Jesus, amenazante
Lànzase sin temor ; y desbordada,
Dando horribles y agudos alaridos,
Despójale feroz de sus vestidos !

XXVII.

¡Ya no hay por cierto à su venganza freno!..
Ni hay calmante al furor que le devora,
Ni antídoto al mortífero veneno
De su lengua infernal!... Ya aterradora,
Al verle el rostro de salivas lleno,
Mófase de él la chusma brainadora,
Y átale mas, oprínele indiscreta,
Y al pié de una columna le sujeta !

XXVIII.

Entonces los sacrílegos soldados
De fuertes varas y ásperos cordeles
Armánse sin piedad ! Y colocados
Altivos sanguinarios y crueles,
Del humilde Jesus à entrambos lados,
Al par de los apóstrofes, que infieles
Las hordas de asesinos le dirigen,
Con duros golpes sin temor le afligen.

XXIX.

Y mientras uno en su rigor insano,
Desnudo el brazo, con mirada ardiente,
Levanta para herir ; otro inhumano,
Frunciendo adusto su abultada frente,
Trémulo de furor, la tosca mano
Descarga en sus espaldas inclemente,
Gozándose al mirar el surco horrible,
Que deja en ellas el cordel terrible.

XXX.

Mas ni un gemido, en tan atroz tormento
Ni una palabra el Salvador replica
Al bárbaro tropel, que su contento
Y su entusiasmo y su placer pública,
Con desabrido y penetrante acento,
Festivo al contemplar como salpica
La sangre en derredor que á borbotones,
Hacen saltar los míseros sayones.

XXXI.

¡Funesta obcecacion !... Al fin cansados,
Mas no contentos, no, del sacrificio,
Donde todos sus miembros destrozados
Acaban de quedar ; nuevo suplicio
Llegan à discurrir ! Y amontonados
Sobre Jesus con infernal bullicio,
De la roja columna le desatan,
Y le insultan sin fin y le maltratan.

XXXII.

¡ Festivos luego, que ninguna idea
Para zaherirle su rencor perdona,
Mayor buscando que el escarnio sea
De su divina y celestial persona!
Con mil aplausos de la turba hebrea,
Que grita sin cesar, una corona
De espinas tejes, que à sus cienes ciñen,
Y en sangre al punto por do quier se tiñen.

XXXIII.

De la burla al compaz que hacen en tanto
Los que su regia dignidad pretenden
Sin término ultrajar, y el nombre santo,
Con mil sarcasmos, de Jesus ofenden ;
De la burla al compaz de purpureo manto
Sobre sus hombros en seguida prenden,
Y en sus manos despues con cruda saña,
Calócanle ademas cetro de caña.

XXXIV.

¡Y gózanse al mirarle ensangrentado
Con el cetro, y el manto, y la diadema !
Y uno altivo le escupe, y otro airado
Su mano le descarga y le blasfema ;
Y otro delante de él arrodillado,
Sin que del cielo la venganza tema,
Haciendo ufano de su agravio alarde,
“¡Rey de Judá, *le dice*, Dios te guarde!”

XXXV.

Y escúchanse á la vez las carcajadas
De la caterva infiel, que le escarnece ;
Y con silbidos mil suenan mezcladas
Y con los écos que el tumulto ofrece,
De la turba que aplaude las palmadas ;
Y el alboroto por instantes crece,
Y todo es confusion y movimiento,
Y gritos de placer y de contento.

XXXVI.

De nuevo entonces con semblante adusto,
Ante el pueblo Pilátos se presenta,
Convencido en verdad de que es injusto
Cuánto en castigo de Jesus intenta.
Y haciéndole saber todo el disgusto
De aquel rigor que tanto le atormenta,
De su crueldad la sinrazon le expone
Y à su demanda con vigor se opone.

XXXVII.

Y creyendo que acaso conmovidas
Las turbulentas hordas, y apiadadas,
Al ver del Nazareno las heridas,
Que han dejado sus sienes destrozadas,
Cárdenas sus mejillas, doloridas
Y sus carnes do quiera ensangrentadas;
Muéstralo ante ellas, y de horror helado,
‘He aquí al hombre! les grita consternado.



XXXVIII.

“¡ Hé aquí á Jesus de Nazaret !. . . Y apenas
Se distinguen sus lívidas facciones,
De polvo, y sangre, y de salivas llenas! . . .
De sangre y de sudor, que à borbotones
Brotan á par sus desgarradas venas !
“¿No os basta ya, les dice á los sayones,
“Tan hondo padecer, que de esa suerte,
“Aun quereis sin piedad darle la muerte?

XXXIX.

Mas al ver que las voces se acrecientan
De los que alevés su intencion pregonan,
Y en ademan hostil, su enojo ostentan,
Y mas y mas se agrupan, y amontonan
Y con mayor encono se presentan,
Y no la vida al Salvador perdonan.
“Pues bien, exclama. Si quereis llevadle,
“Y vosotros allá crucificadle!”



XL.

“¡Nosotros no! . . .” Con éco desabrido,
Como nunca resuelto y obstinado;
Responde el populacho enfurecido.
“Nosotros no! . . . La ley le ha condenado,
“Pues segun nuestra ley, ha delinquido,
“Y por ella ha de ser crucificado;
“Pues sin temor blasfemo é imprudente
“Diceése hijo del Dios Omnipotente!

XLI.

Cual lejano rumor que el golfo atruena
Cuando en las hondas, còncavas regiones
De los cargados horizontes suena,
Desgarrando los negros nubarrones,
Que al estrellar, revuelve y desordena:
Asi de entre las míseras legiones,
Sordo murmullo, que pavor infunde,
Súbito nace, y crece, y se difunde.

XLII.

Y de un ángulo al otro, en un instante,
La voz que altivas lanzan esparcida,
Déjase oír agudo y penetrante.
Y en las calles y plazas repetida,
Prolongada, feroz y amenazante
Escúchase despues; y dividida
Piérdese al fin, y en breve al extinguirse,
Crece otra vez y torna à confundirse.

XLIII.

Tiembla en tanto Pilatos agitado
Y de extraño temor sobrecogido,
Del pueblo al escuchar que el acusado
Llámase hijo de Dios! mas conmovido,
Su cuerpo en sangre al contemplar bañado,
Y lleno de dolor y escarnecido;
Nuevas preguntas le dirige inquieto,
Treguas buscando al ilegal decreto.

XLIV.

Y al ver que Cristo à responder se niega,
Sordo á su acusacion é indiferente:

“¿Nada tu labio en tu defensa alega ?

“¿Nada contestas?” grítale impaciente

“¿No oyes los gritos de la turba ciega?

“¿No sabes que tu vida está pendiente

“De mi voz nada mas, y cierto ó falso,

“Puedo hacerte morir en un cadalso?”

XLV.

Entonces el Señor compadecido:

“*Toda esa potestad, diccle afable,*

“*Solamente de Dios la has recibido,*

“*Y de ella al abusar te haces culpable.*

“*Mas te digo en verdad que aunquc ofendido,*

“*Si en algo tu ignorancia es perdonable,*

“*Jamàs lo será el ódio que me tienen*

“*Los que mi muerte á demandarte vienen!*”

XLVI.

Estático y absorto al escucharle,
A todo trance el fiero magistrado
Firme resuelve en su interior salvarle,
Y con grave ademan y gesto airado,
Volviendo última vez à presentarle
A la vista del pueblo que irritado,
De su palacio al pié, ya se impacienta,
Su decidida oposicion le ostenta.

XLVII.

¡Soberbio empero el bando estrepitoso,
Soltando al fin la rienda á su locura,
Agitase feroz ! Y rencoroso,
Enemistarle con el Cesar jura,
Si à quien la paz altera sedicioso,
Y ser rey de Judà se le figura,
Cuando clara la ley su muerte abona,
El pone en libertad y le perdona.

XLVIII.

Débil por cierto à la sazón regía
El cetro augusto del romano imperio,
Y tímido á sus pueblos oprimia
El receloso y suspicaz Tiberio.
Y olvidando Pilatos su enerjia,
La amenaza al oír, ya el ministerio
De su alta dignidad, que perder siente,
Contra Jesus en ejercer consiente.

XLIX.

Breve por tanto al tribunal le lleva
Y grave en el *litóstratos* ó asiento
Que, bajo el régio sόlio, en él se eleva,
Colocado en marmóreo pavimento,
Aun otra vez su pretension renueva
Pidiendo por Jesus. Y descontento :
“¡He aquí al Rey de Judá, grita indignado,
“Por no ofender al César, condenado!”



L.

“Quita!..Quita!..Colérico y furioso,
Con voz terrible, el populacho grita,
Y sus manos levanta impetuoso,
Y blasfemias sin término vomita.
Nada respeta ya su labio odioso!...
Nada en fin le detiene. “Quita, quita!...
Y hazle crucificar!..” de nuevo esclama,
Y mas y mas en cólera se inflama.

LI.

“¿Asi sin miedo vuestro afan desea--
Insiste aun otra vez el presidente,--
“Que vuestro rey crucificado sea?”
Mas pronto ingrato, en su venganza ardiente,
“Solo el César es Rey de la Judea”
Feroz responde con altiva frente;
Y á su profundo pavoroso acento,
Parece que hasta tiembla el firmamento.

LII.

Entónces yá, perdida la esperanza
(Que son por cierto sus esfuerzos vanos,
Y nada al fin su compasion alcanza
De aquel pueblo de mónstruos inhumanos,
Que el hondo averno de su seno lanza),
Levántase Pilatos, y sus manos
Lávase en agua, que al intento en breve,
Manda á un sayon que preparada lleve.

LIII

Lávase pues. Y tétrico, y adusto,
“¡Habéros las allá!. . . . les dice airado.—
“Pero nunca la muerte de este justo,
“A quien poder salvar no me fué dado,
“Sobre mi hagais pesar!..” Y su disgusto
Al pueblo deja ver, que aun no cansado,
Otra vez en Jesus con nueva audacia,
Su torpe encono y su venganza sacia.

LIV.

“Gota á gota en verdad, si es inocente,
“Su sangre toda, estrepitoso grita,
“Venga sin compasion sobre la frente
“Del pueblo que su muerte solicita! . . .
“Y aborrecida de Judà la gente,
“Y para siempre del Señor maldita,
“Sobre ella el rayo de su enojo atraiga,
“Y de una en otra su anatema caiga !”

LV.

A tanta ceguedad, ya vacilente,
La fortaleza de Pilatos, cede,
La justicia sucumbe, y arrogante
Triunfa la sedicion! . . Ya el juez no puede
Contener á la turba delirante,
Y à Barrabás la libertad concede,
Y de Jesus al fin, con débil mano,
La sentencia mortal firma inhumano !

LVI.

Aplausos, carcajadas y silbidos,
Insultos, juramentos, maldiciones,
Sarcásticas blasfemias, alaridos,
Denuestos mil y mil imprecaciones,
Todo se oye á la vez! . . Y confundidos
Los esbirros, el pueblo y los sayones,
Sobre Jesus se arrojan, le arrebatan,
Y apodéráanse de él y le maltratan.

LVII.

¡Pueblo infeliz! . . El corazón henchido
De ardiente indignacion dentro del pecho,
Agitase violento, conmovido,
Y en amargura y en dolor deshecho !
Túrbase el pensamiento entristecido,
Piérdese la razon y en su despecho,
El alma gime, y comprimida y yerta
Tanta maldad á concebir nõ acierta!

CANTO SEXTO.

LA CRUCIFIXION.

Foderunt manus meas et pedes meos:
dinumeraverunt omnia ossa mea.

Salmo XXI, v. 19.

I.

La Cruz !...Al fin la Cruz !...Mares de llanto
La tierra inunden en tan triste dia! . .
Eterna cubra con su negro manto
El firmamento azul la noche umbria,
Y à las densas tinieblas el espanto
Difundan por do quier, y en su agonía
Estremèzcase el hombre, y confundido
Al peso caiga del dolor rendido !

II.

Ya sus labios fatídicos y odiosos
El mísero decreto pronunciaron,
Y el rey á cuya planta, poderosos
Los cetros de la Arabia se humillaron,
Y de Jarsís al par respetuosos
Los altos reyes su rodilla hincaron ;
Hoy de ignominia y de baldon cubierto,
Va el mundo à verle, por sus culpas, muerto !

III.

Los que antes ciegos, y la luz querida
Admiraron del sol resplandeciente ;
Los que alcanzaron su razon perdida ;
Los que, al influjo de su voz potente,
Ya moribundos recibieron vida ;
Ese pueblo fatal, à quien clemente
Colmar de tanto bien á Jesus plugo,
Tórnase ingrato en su feroz verdugo !

IV.

La Cruz ! la Cruz!" Con incansable empeño,
En el átrio otra vez desordenado,
Dejando ver su sanguinario ceño,
Exclama sin piedad. Y en cualquier lado,
Desde el mas poderoso al mas pequeño,
Los que al piè del pretorio se han juntado
O en las calles se agolpan y se agitan,
"La Cruz! . . la Cruz. . inexorables gritan.

• V.

Voz penetrante que la sangre hiela! . .
Voz horrible, funesta, pavorosa,
Que oprime el corazon! . . Voz que revela
De la inicua caterva sediciosa,
Que ver cumplida su intencion anhela,
El bárbaro placer, en que reboza
Su pecho infiel al escuchar triunfante,
Sonar al fin el tan ansiado instante.



VI.

Voz que imponente, traspasando el viento,
De la ciudad à los extremos llega,
Breve enunciando el funeral tormento,
Con que al Hijo de Dios la turba ciega
Intenta castigar!.. Voz que al momento
Nuevos refuerzos al tropel agrega,
Que creciendo y creciendo á centenares,
Tristes deja y desiertos sus hogares.

VII. *

Desde el átrio à la puerta judiciaria,
Y hasta el Gólgota luego, presurosa
Extiéndese no mas tumultuaria
La hedionda multitud que estrepitosa,
Ya se junta à la vez, ya temeraria
Va y viene sin cesar, buscando ansiosa,
Cuando al suplicio conducido sea,
Mas cerca ver al rey de la Judéa.



VIII.

Lánguido en tanto, con penosa planta,
Casi á la cima ya del firmamento
Llega el sol á tocar! . Débil quebranta
Los rayos de su luz, pausado y lento,
Leve celage, que tras él levanta
Su escarpado rostro ceniciento,
Perdiéndose despues, deshecho acaso,
O bien hundido en el lejano ocaso.

IX.

“La Cruz!...la Cruz!.. Con toscas espresiones
Y mas funesto ardor y mas vehemencia
Exclaman los estúpidos sayones
Que en el Pretorio están. Y la sentencia,
Dispuestos á cumplir, ya entre empellones,
Y arrastrado con bárbara insolencia,
De sangre todo y de salivas lleno,
Conducen sin piedad al Nazareno.

X.

Y en el àtrio otra vez, con nueva saña,
Afirman en sus sienes la corona,
Que en nueva sangre sus mejillas baña! . .
Y ajustando despues à su persona
La ignominiosa pùrpura; y la caña,
Que mas su oprobio y su baldon abona,
Haciéndole cóger; ante él impios:
“Salve, repiten, Rey de los judios!”

XI.

Y à un tiempo y á una voz, por todos lados,
Con grotescos y enfáticos modales,
Todos en derredor amontonados,
Prorrumpiendo en acentos infernales,
Escúpenle de nuevo; y enojados,
De sus manos estampan las señales
En su rostro infeliz; y empedernidos
Gózanse al ver sus miembros tan heridos.



XII.

Gózanse al ver tambien cual desfallecen
Su fuerza y su valor; cual se demudan
Sus lívidas facciones, que estremecen
De angustia el corazon! Y le saludan,
Q despues que le ultrajan y escarnecen,
Del afrentoso manto le desnudan,
Teñido en sangre ya, de tal manera,
Que aunque de otro color, purpúreo fuera.

XIII.

Y mientras unos en su loco empeño,
A entrambos lados de Jesus reunidos,
Torva la vista furibundo el ceño,
Bruscamente le vuelven sus vestidos;
Otros preparan el pesado leño,
Ostentando en sus labios denegridos,
Trémulos de furor, sonrisa impía,
De iniquidad preñada y de ironía.

XIV.

Y crece el gozo del tropel por grados,
Y al colmo llega su brutal contento,
Cuando ve que en sus hombros destroncados,
Rendidos ya de tanto sufrimiento,
Los toscos y sacrílegos soldados,
Burlándose del hórrido tormento,
Que mas y mas con su rigor provocan,
La dura carga sin piedad colocan.

XV.

Espectáculo atroz! . . Cuadro horroroso
Que arranca de los párpados el llanto
Y embarga la razon! . . Ante él medroso,
En hondo y triste y funeral quebranto
El pecho se sumerge ; y fatigoso
Retrocede infeliz yerto de espanto,
Y la fiereza al ver del pueblo aleve,
Ni aun à gemir ni á suspirar se atreve!

XVI.

Solo insensible la falange ingrata
De magnates, escribas y doctores,
Y la chusma que en pos grita insensata,
Contempla sin temor tantos horrores!
La chusma que le hiere, y le maltrata,
Y se alegra inhumana en sus dolores,
Y le ve con la Cruz casi espirante,
Sin que aun esto à su afan cumpla bastante.

XVII.

Espectáculo atroz, que el alma aterra,
Pero augusto, sublime y sorprendente
Por el misterio y por el bien que encierra! . .
Cuan grande admiracion el hombre siente
Al ver al Rey del Cielo y de la tierra,
Al mismo Dios, excelso, omnipotente,
Desde su trono descender propicio,
Para morir por él en un suplicio!

XVIII.

Ciegos no obstante, altivos, y crueles
Los míseros verdugos le fatigan,
Y estrechan con mas fuerza sus cordeles
Y hàcia el Calvario à caminar le obligan!..
Y en medio de las lanzas, con que infieles
De nuevo le amenazan y le hostigan,
Del àtrio sale al fin, desfallecido,
Al peso enorme de la Cruz rendido!

XIX.

De las guerreras trompas y clarines
Los lúgubres acentos pavorosos
Desde el pretorio en tanto à los confines
De la ciudad se extienden!.. Ya orgullosos
Los lictores y adustos mandarines,
En sus bravos corceles espumosos,
Del làbaro en pos van, por donde quiera,
Abriendo calle entre la turba fiera.

XX.

Presurosos al par, en todos lados,
Los que á ver á Jesus se precipitan,
Delante se colocan, y agolpados,
Ser siempre los primeros solicitan.
Y en incesante agitacion mezclados,
Con impaciencia bulliciosos gritan,
Mientras débil Jesus, ya sin aliento,
Casi se rinde á tan brutal tormento.

XXI.

Siguiendo va con temblorosa planta
Del Gólgota el camino. Mas ¡ay triste!
Que sus hombros al fin la Cruz quebranta,
Y aunque constante su valor resiste,
No puede mas! . . Pero en desdicha tanta,
Ayúdale el tropel, que no desiste,
Sobre él volviendo, con tenaz empeño,
De nuevo á colocar el tosco leño.

XXII.

Y aun le ayuda otra vez! . . Y amenazante,
Ni aplaca su crueldad, ni compadece
De su pecho el dolor, que palpitante
Por momentos sucumbe y desfallece!
Y al pié del muro, que le vió triunfante
Entre palmas llegar, su angustia crece,
Y tornando à caer extenuado,
Bajo el leño fatal queda postrado.

XXIII.

En vano ya reincorporarse intenta !
Sus fuerzas ceden al cansancio horrible,
Que sus débiles miembros atormenta,
Y al cabo le abandonan! . . Y terrible,
Mas de su seno el exterior se aumenta,
Mientras el pueblo, mísero, insensible,
Que apurar quiere su infernal venganza,
Triste pierde, al mirarle, su esperanza.

XXIV.

No empero, no, de su furor contiene
El ímpetu mortal! . . Y en su porfia,
Encuétrase á Simon, que de Cirene,
Su planta lleva à la ciudad impia,
Y soberbio y altivo le detiene,
Y á él la Cruz Santa de Jesus confia,
Que á él solo cabe tan dichosa estrella,
Haciéndole detrás seguir con ella.

XXV.

Ya las roncadas bocinas penetrantes
Resuenan otra vez! . . Ya entre el bullicio,
Torna Jesus con pasos vacilantes
El camino á emprender hacia el suplicio.
En tanto que las turbas insultantes,
El infausto y horrendo sacrificio
Ansiando ver, ni á su cansancio atienden,
Ni mas su marcha detener pretenden.

XXVI.

No todos sin embargo empedernidos,
Entre el fiero tropel de espectadores,
Escuchan implacables sus gemidos,
Ni se gozan al ver tantos horrores,
Tan grande iniquidad! Ni fementidos
Agravan con insultos sus dolores,
Ni aplauden su afliccion ni su tormento
Necios celebran con feroz contento.

XXVII.

En medio de aquel pueblo sanguinario,
Y de aquellas legiones regicidas,
Que con sordo rumor tumultuario
Por do quiera se agolpan confundidas:
Multitud de mugeres al Calvario
Dirígense dolientes y abatidas,
Llorando de Jesus la amarga suerte,
Sus afrentas, sus males y su muerte.

XXVIII.

Mas pronto el Redentor su débil planta,
El triste acento al escuchar, suspende.
Y asi que afable de amargura tanta
Y de tanto pesar la causa entiende,
Fijando en ella su mirada santa:
“*No asi*”, les dice, y con su voz pretende
Su espíritu alentar; “*No asi apiadados,*
“*Vuestros ojos por mi lloren turbados,*”

XXIX.

“*Lloren tan solo vuestros propios males,*
“*Vuestra desdicha, vuestra suerte impia!*
“*Viertun, hijas de Sion llanto à raudales,*
“*Làgrimas de dolor, que cerca el dia*
“*De vosotros está! . . Pronto fatales*
“*Sus horas os verán en la agonía*
“*Sin refugio de la tierra y sin consuelo*
“*Pedir rendidos compasion al Cielo!*”

XXX.

“*¡Dichosas clamareis y afortunadas*
“*Las que nunca en su vientre han concebido!*
“*Las que estériles son y desoladas,*
“*Temblareis con dolor de haber nacido!*
“*Que en breve ya las gentes conturbadas,*
“*De espanto el corazón sobrecojido,*
“*Del sol huyendo refulgente y claro,*
“*En las cabernas buscarán amparo.*

XXXI.

“*Cuando al pié de los montes temerosas,*
“*Mayores infortunios presintiendo,*
“*A Dios sus manos alcen afanosas;*
“*Y ántes prefieran que con ronco estruendo,*
“*Sobre ellas sin piedad impetuosas*
“*Las gigantescas rocas descendiendo,*
“*Bajo su inmensa mole las sepulten,*
“*Y sus cenizas para siempre oculten.*

XXXII.

“Si yo, añade el Señor afectuoso,
“Yo que inocente, justo y parecido
“Al leño verde, fértil y frondoso,
“A tanto padecer me veo rendido,
“Caminando á un suplicio ignominioso,
“Sin fuerzas, maltratado y abatido :
“¡A donde el leño irá, que mustio yace,
“Y árido y seco en polvo se deshace!”

XXXIII.

Y dejando de hablar ya fatigado
De nuevo emprende el áspero sendero,
Y al verle tan sudoso y desangrado,
Una muger entre el tumulto fiero,
Por medio cruza, y de Jesus al lado
Lijera llega, y con celoso esmero,
Blanco lienzo le ofrece ante él postrada,
Para enjugar su frente acongojada.

XXXIV.

Y la sangre con él de sus heridas,
Y de sus sienes el sudor copioso,
Que bañan sus mejillas doloridas
Seca infeliz con corazón piadoso !
Y quédanse las turbas sorprendidas
Del hombre Dios, excelso y poderoso,
La imàgen al mirar ensangrentada
Quedar entre sus pliegues estampada.

XXXV.

Firmes no obstante con mayor vehemencia,
En su execrable y criminal intento,
Aceleran con bárbara insolencia
El tránsito cruel ! . . . Solo un momento
Resta no mas, y la feroz sentencia
Váse al fin á cumplir ! . . . Ya sin aliento
Cercado de la inmensa muchedumbre,
Del Gólgota Jesús toca en la cumbre.



XXXVI.

¡El Gólgota!...¡Gran Dios...Al nombre santo
Del monte funeral, que al mundo ofrece
Tan lúgubre espectáculo, no el llanto
De los ojos se agota!..Allí enmudece
El mísero mortal...allí de espanto
Hiélase el corazón, y se estremece,
Y conmuevese el alma, y abatida,
Pronto al pié de la cruz queda rendida!

XXXVII.

Allí empero confuso y pavoroso,
Y trémulo Satan rindió su frente!
Allí el pecado horrible y tenebroso
Redimido quedó!...Allí obediente,
Al levantarse el leño ignominioso,
La misma muerte sucumbió impotente,
Huyendo triste al tártaro profundo!...
Allí por fin nació la luz del mundo!

XXVIII.

Ya del monte fatal por todos lados,
De gentes confundidas y agolpadas,
Y de esbirros, sayones y soldados
Encuéntrense las crestas coronadas.
Ya de nuevo los écos prolongados.
De las roncas bocinas destempladas,
Déjanse oír, y el làbaro ondeante
Divísase en la cùspide triunfante.

XXXIX.

Ya la escarpada y àrida llanura
Que la alta cima al terminar ostenta,
Pisa el Hijo de Dios!.. Honda tristura
Su corazon desgarra y atormenta!
Y aunque al peso mortal de su amargura,
De tan grande dolor, de tanta afrenta,
Casi exánime llega y destrozado,
Mudo el suplicio aguarda y resignado.

XL.

Repléganse entre tanto las legiones
Que con Jesus, para que al fin cumplido
El vaticinio quede—á dos ladrones
A morir en la cruz han conducido.
Y apréstanse los míseros sayones,
Y todo al fin dispuesto y prevenido,
Con crudo, fiero y arrugado ceño,
Descargan á Simon del tosco leño.

XLI.

Y mientras estos con nervudos brazos,
Para fijar la cruz, la arena hienden,
Y las peñas dividen en pedazos,
Y, para alzarla, preparar pretenden
De los cordeles los nudosos lazos,
Otros de nuevo al Redentor ofenden,
Y le injurian procaces é indigestos,
Con blasfemias, salivas y denuestos.

XLII.

**Y aun no en verdad su obcecacion saciada,
Ni su venganza à su placer cumplida,
Ni de sus pechos la crueldad templada;
Preséntanle amarguísima bebida
De vino y mirra que con hiel mezclada,
Oblígale á tomar! Pero en seguida,
La copa apenas á sus labios llega,
Jesus les vuelve y á beber se niega.**

XLIII.

**Entonces mas de rabia poseidos
Los bárbaros verdugos infernales,
Despòjanle otra vez de sus vestidos,
Dejando ver las cárdenas señales
De sus débiles miembros comprimidos,
Y las anchas heridas, que à raudales
Vierten su sangre, y su dolor explican,
Y su agudo tormento testifican.**



XLIV.

Ya horizontal sobre la tosca arena,
Esperando la víctima inocente,
Yace la cruz. Y de entusiasmo llena,
Júntase en derredor la armada gente,
Que altiva en tanto del tropel refrena
La horrible agitacion, con que impaciente,
Veloz se agolpa y se atropella fiero,
Por verla al fin sobre el fatal madero!...

XLV.

Ya el instante llegó!... No tan rabioso
Lánzase hambriento el tigre sanguinario,
Del bosque oculto entre el ramaje umbroso,
Sobre el débil cordero solitario,
Que entre sus garras despedaza ansioso;
Como la turba infiel, en el Calvario,
Sobre Jesus, à quien de nuevo ingrata,
Insulta mas y mas, y le maltrata.



XLVI.

Y con bruscos y horribles empujones
Le arrastra hasta la cruz, donde ofuscados,
Con satánico gesto los sayones,
Allí para clavarle preparados,
Vomitando espantosas maldiciones,
Los ojos de placer desencajados,
Ciegos de enojos à par, de él se apoderan,
Y solamente la señal esperan.

XLVII.

Súbito entonces, con agudo acento,
Guerreras trompas los espacios hienden.
Y oprimiendo à Jesus en el tormento,
Unos su cuerpo sujetar pretenden,
Mientras los otros, con feroz contento,
Sobre los brazos de la cruz extienden
Los brazos del Señor, y abren sus manos
Y ansiosas las taladran é inhumanos !

XLVIII.

Y unen luego sus piès, y el hierro en ellos
Colocan y sepultan inclementes!
Y ostentan al traves de sus cabellos,
Que ásperos caen sobre sus negras frentes,
De su brutal placer rojos destellos,
Que brillan en las órbitas ardientes
De su ojos, al ver las hondas brechas
En piès y manos con los clavos hechas!

XLIX.

¡Oh cuanto al golpe del martillo horrendo,
Que sus huesos quebranta, el pecho herido
Se estremece de horror!.. Lúgubre estruendo
Que en las cóncavas peñas confundido,
Va de una en otra el éco repitiendo,
Escúchase á la vez!.. Y empedernido,
A cada golpe que el verdugo lanza,
Mas se sacia el tropel en su veñanza.



L.

¡Hélo en la Cruz al fin, por todos lados
Derramando su sangre á borbotones!..
¡Hélo en la Cruz, sus miembros desgarrados,
Demudadas sus lívidas facciones,
Todos sus huesos ya descoyuntados,
En medio de las hòrridas legiones,
Que aun mas le oprimen con febril delirio!..
¡Hèlo mudo sufrir tanto martirio!

LI.

¿Qué es lo que resta ya pueblo inhumano,
A ese imbécil furor que te devora?..
¿Qué al torpe encono de tu pecho insano?..
¿Qué à la venganza atroz que en tan mal hora
Tus ódios concibieron, y hoy tu mano
Ejecuta sacrilega y traidora?...
¡Y aun quieres fiero en tu venganza impía,
La última angustia ver de su agonía!

LII.

¡Mira y goza, cruel!.. Ya presurosos,
De alzar el leño los verdugos tratan,
Y en tierra sus rodillas, afanosos
A sus extremos los cordeles atan!
Ya entre todos á par estrepitosos,
El leño y los cordeles arrebatan,
Y en sus nervudos hombros elevado,
Sobre la arena al fin queda enclavado!

LIII

¡Mira y goza, cruel!.. Si aun no es bastante,
Ni satisfecho estás ni conmovido,
Contempla al Redentor en este instante,
Del funesto madero desprendido,
Al peso de su cuerpo vacilante!...
Goza infeliz, al verle suspendido
De esos cortantes hierros, que sus brazos,
Sus manos y sus piés hacen pedazos!

LIV.

Llega à la Cruz, y mírale deshecho
En sangre y sudor!..Míra en su frente
La corona de espinas, y en su pecho
El estentor crecer!..Llega inclemente,
Y cuenta las heridas que le han hecho,
Y contempla el dolor que en ellas siente!..
Llega à la Cruz, si intentas todavía
La última angustia ver de su agonía!

CANTO SETIMO.

LA ESPIRACION.

Pater, Pater ! in m̄anus tuas
commendo spiritum meum.
S. *Lucas, Cap. XXIII, v. 46.*

I.

Triunfó la sedicion!. .Triste y helada,
Desde el lóbrego abismo al claro cielo,
Prendido á su garganta descarnada
De fúnebre crespon tupido velo,
Y de horrible segur la parca armada,
Sus alas vate en presuroso vuelo;
Y al éco de su voz, ronco y profundo,
Tiembra el averno y se estremece el mundo.

II.

Revuélvense en sus sombras tenebrosas,
Y agítanse soberbias y engreidas
Las formidables huestes numerosas
Del rebelde Luzbel! . . . Despavoridas,
Sepúltanse en su seno, y temerosas
Huyen la luz, y póstranse rendidas,
Su imperio al contemplar ya destruido,
Roto su cetro y su poder vencido!

III.

En vano el yugo, que su labio enfrena
Y oprime su cerviz, quebrar pretende
El principe infernal! . . . De espanto llena,
Su torva vista en cólera se enciende;
Y brusco al sacudir la atroz cadena,
Que fuerte y dura de sus brazos pende,
Furioso, ruge, y en su afan se agita,
Y al abismo veloz se precipita!

IV.

Desgárrase á la vez el firmamento,
Y ángeles mil, que confundidos vagan
Por la etérea region, el pensamiento
Con dulcísimos écos embriagaban,
Y el alma llenan de feliz contento,
Y dulcemente el corazon halagan:
Que no es por cierto ya la Cruz penosa
Del crimen expiacion ignominiosa.

V.

Es la insignia sublime y sacrosanta,
Que sobre el templo de la fé ondeante,
A los secuaces de Luzbel espanta.
Es la mágica enseña que triunfante
Del Gólgota en la cima se levanta,
Cercada de esplendor, bella y radiante,
En torno suyo convocando amiga
Al ejército fiel que á ella se liga.

VI.

Es la espada que humilla al poderoso,
Y al humilde y al dèbil enaltece;
Testimonio del pacto generoso,
Que paz al mundo y libertad le ofrece.
Es el astro brillante y portentoso,
Que en medio de los cielos resplandece,
Fuente de luz inagotable y pura,
Lazo de amor y prenda de ventura.

VII.

En la Egida que ampara al desdichado,
El fuerte escudo, en que à estrellarse vuelan
Las aguzadas flechas del malvado.
Es el afan de los que el bien anhelan,
Y el alivio del mal por ella dado
A los que ardientes à su auxilio apelan.
Es la esperanza al hombre concedida,
Es su salud, su salvacion, su vida.

VIII.

Es la llave por fin, que poderosa
Del tártaro cruel que las puertas cierra,
Y del Olimpo la mansion gloriosa.
Abre de par en par ! . . . Ella en la tierra
Es la augusta señal maravillosa,
A cuyo aspecto el réprovo se aterra,
Y al mundo y á Dios une de tal suerte,
Que no viviéra el hombre sin su muerte.

IX.

Pronto empero á la dulce melodía.
Y del celeste coro al suave canto,
Sucede el estupor ; que todavía
Pendiente del madero sacrosanto,
Tres horas de amargura y de agonía
Restan al Salvador ; y mudo en tanto
El cielo le contempla y conmovido,
Triste aguardando á ver su afán cumplido.

X.

¡Tres horas mas!... En vano el pensamiento,
Aun al verle clavado y moribundo,
Todo el dolor que en tan atroz tormento,
Humilde sufre el Redentor del mundo
Intenta comprender!.. Ni al rudo acento
De humano labio, el padecer profundo,
Que desgarrar cruel su cuerpo herido,
Describir con verdad le es permitido.

XI.

¡Tres horas mas!. . Alegre y afaoso
Su último aliento el populacho espera
Verle exalar en el suplicio odioso!
Y en lo mas alto de la azul esfera,
Testigo el claro sol, ya silencioso,
Destrenzada su rubia cabellera
Lleno de horror estremecido acaso,
Su marcha emprende hácia el lejano ocaso.

XII.

Y con su roja abriñantada lumbre,
El fúnebre espectáculo que ofrece
Del Gólgota fatal la árida cumbre,
Donde cada vez mas se junta y crece
La indómita y furiosa muchedumbre,
Ilumina infeliz ; y resplandece,
Y en las bruñidas lanzas reverbera,
Cual si un rayo de luz cada una fuera.

XIII.

Alzase pues en la escarpada altura
El árbol de la cruz, y de él pendiente
El hombre Dios, que con mortal tristura
Eleva al cielo su agoviada frente,
Y hasta las heces del dolor apura,
Sin que en lo horrible del pesar que siente,
De su lánguido seno comprimido
Ni una queja se escape, ni un gemido

XIV.

A cada lado de su Cruz querida
Se alza otra Cruz, de cuyos brazos penden,
Por que sea al fin la prediccion cumplida,
Los dos ladrones que en furor se encienden;
Y con lengua mordaz, de rabia henchida,
Desde el suplicio al Salvador ofenden,
Sus blasfemias sacrilegos mezclando
A las blasfemias del inicuo bando.

XV.

¡ Por que insaciables, en su encono fiero,
Los príncipes, el pueblo y los sayones
Que clavaron su cuerpo en el madero,
Le injurian otra vez! . . Y en sus razones :
“ Si es cierto que es Jesus, Dios verdadero,
Necios gritan con mil imprecaciones ;
“ Si es que à tan alto su poder se extiende,
“ ¿ Cómo no al punto de la Cruz desciende?



XVI.

“¿Y es este, añaden, à quien era dado
“Voz al mundo otorgar, y vista al ciego,
“Y salud al enfermo desahuciado,
“Y hundir el templo y levantarle luego?
“Pues si á tantos y tantos ha salvado,
“Sàlvese él mismo !. .” Y vomitando fuego,
Con furia insana sus verdugos juran
Y sus insultos redoblar procuran.

XVII.

Tierna, y sublime, y paternal mirada,
Llena de afán y de amoroso anhelo,
Fija en ellos Jesus. Y aunque abrumada,
En tan amargo y penetrante duelo,
El alma siente, y la razon turbada
De tanto padecer, plácido al cielo
Su voz dirige, que hasta el sólio llega
Del Dios excelso, y por sus almas ruega.

XVIII.

“¡*Oh padre, exclama, oh padre!* . . Y anegados
En llanto de dolor sus ojos yacen.

“*Perdonadlos, Señor, por que obstinados,
No saben en verdad que es lo que hacen!*”

Entonces los esbirros y soldados
En nuevos improperios se deshacen,
Y en voces, y en denuestos y alaridos,
Su acento al escuchar empedernidos!

XIX.

Mudo Jesus á tantos desacatos,
Y humilde resta entre el tropel guerrero!
Y al mirarle en la Cruz Poncio Pilatos,
Fruncido el ceño, adusto y altanero,
Ordena que sobre ella los ingratos,
Para que cunda por el orbe entero,
Fijen una inscripcion, donde se lea :
“*Jesus de Nazaret, Rey de Judea.*”

XX.

“Rey, no!..Rey, no!” furiosos y sombríos,
Con ronca voz, como el crugir del trueno;
Murmuran los satélites impíos.
“Escribese no mas que el Nazareno
“Hacerse quiso Rey de los Judíos,
“Mas no que su Rey fué!...” Entonces lleno
De orgulloso desden: “Quede asi escrita,
‘Pues que asi lo mandé.” Pilatos grita.

XXI.

Graves y erguidos, de despecho airados,
El ademan hostil, brusco el semblante,
Guardando al Redentor, cuatro soldados,
De agudas lanzas, con mirar triunfante,
Al pié se ostentan del suplicio armados,
En medio del tropel que vacilante
Llega y se agolpa, y con tenaz porfia,
Su muerte quiere ver y su agonía.



XXII.

Y ante los ojos de Jesus, que hundidos,
Bajos sus mustios pàrpados se ocultan,
Apropianse los cuatro sus vestidos,
Mientras las turbas su dolor insultan.
Y al punto entre los cuatro repartidos,
Solo les resta y en su afan consultan,
Y tener cada cual cree satisfecho
A la inconsútil túnica derecho.

XXIII.

Dispútansela pues, y sus razones
Los cuatro alegan por que suya sea.
Mas pronto entre los míseros sayores,
Allí à presencia de la turba hebrea,
Y al son de mil y mil imprecaciones,
La túnica sagrada se sortea,
Llevándosela al fin, ciego y ansioso,
El que el dado mayor vuelve dichoso.

XXIV.

De un rayo entónces de su amor herido
Siéntese un criminal, de los que al lado
Del Salvador estàn. Arrepentido,
Al verle sin razon crucificado,
Y por la chusma vil escarnecido,
Alza su voz, y triste y fatigado,
Del otro malhechor, que à par le ofende,
La torpe audacia y su maldad reprende.

XXV.

“¡Ni aun tú temes à Dios, ferviente grita,
“Cuando fijo tambien en un madero
“Vas en breve à morir; cuando se agita
“Bajo tus plantas el abismo entero!..
“De la ley en verdad la vida quita
“Hoy à los dos el fallo justiciero;
“Mas no es la ley la que á Jesus condena,
“Sino esa turba de venganza llena.”

XXVI.

Y hàcia él sus ojos elevando luego,
De amor el pecho y de esperanza henchido:
“Señor exclama con ardiente ruego,
“Si nécio te ultrajé, si te he ofendido
“Y de tí me burlé demente y ciego;
“Mi error conozco, y por piedad te pido
“Que no tu gracia y tu favor me niegues,
“Cuando triunfante à tu morada llegues.”

XXVII.

Entónces el Señor, que oye apiadado
Al pecador, que sus delitos llora,
Y ànte él arrepentido y conturbado,
Su compasion y su clemencia implora,
La voz acoge, y con benigno agrado,
Próxima al ver tambieu su última hora,
“*Hoy, le responde exànime, Hoy te digo,*
“*Que al Paraiso subiràs conmigo.*”

XXVIII.

Transida de dolor, pàlida en tanto,
De su Hijo al ver la ejecucion impía,
Toda anegada en angustioso llanto,
Del patíbulo al pié yace Maria! . .
Y de horror llena con mortal quebranto,
Mirale fallecer, y en su agonía,
Triste sufre con él, y sin consuelo
Piedad demanda y compasion al cielo,

XXIX.

Cada palpitacion, que congojosa
Del pecho de Jesus llega à su oido;
Cada gota de sangre que preciosa,
Ya por do quiera, de su cuerpo herido,
Pendiente de la Cruz santa y gloriosa,
Ve trémula brotar; cada gemido,
Que á par sus lábios càrdenos profièren,
Puñales son que sus entrañas hieren.

XXX.

Puñales son, que rasgan penetrantes
Su seno virginal, y con violencia,
De sus débiles miembros palpitantes
Casi arrancan la mísera existencia,
Que mas y mas sucumbe por instantes
De su hijo al ver cumplida la sentencia!
¡Madre, madre infeliz!. . . Quien en el mundo
Sufrió jamás martirio tan profundo!

XXXI.

Del patibulo al pié yerta y turbada,
Ambas manos unidas contra el pecho,
Su negra cabellera destrenzada,
Y en amargura el corazon deshecho,
Inmóvil permanece y contristada;
Mientras tierno á su lado, con despecho,
Inseparable Juan, su enojo oculta,
Al oír los gritos de la turba inculta.

XXXII.

En ambos luego, con afan prolijo,
Sus ojos el Señor clava doliente,
Cuando ya triste en el madero fijo,
Ve acercarse su fin! Y dulcemente
Señalándole á Juan: “*¡He ahí á tu hijo!*”
Dice à su madre; y la abatida frente
Volviendo hàcia el apóstol desolado;
“*¡He ahí à tu madre!*” exclama fatigado.

XXXIII.

Ya el inicuo tropel se desespera.
Al verle aun vivo en el tormento odioso,
Y su pestrer suspiro inquieto espera,
Y mas gritos y mas lanza furioso;
Cuando del claro sol, que en la alta esfera,
Su rojo disco ostenta luminoso,
Súbito por do quier la luz se oculta,
Y el mundo entre tinieblas se sepulta.

XXXIV.

¡Todo es muerte y horror! Cual noche umbría
Que despliega, al nacer, su negro manto,
Robando al universo su alegría,
Y en él sembrando el luto y el espanto;
Así la tierra en la mitad del día,
Pierde toda su luz!.. Misero en tanto,
Ni aun á vista del lúgubre portento,
Cede el bando fanático y sangriento.

XXXV.

¡Todo es muerte y horror!.. La hora novena
Próxima está à sonar!.. Densa y oscura,
A la par del rumor que hondo resuena,
Desde el pié del Calvario hasta su altura,
La niebla crece!.. De fatiga llena,
De angustia el alma y de mortal tristura.
Sus ojos el Señor, ya moribundo,
Alza à los cielos con dolor profundo.

XXXVI.

Y congojoso, trémulo abatido,
La sangre de sus venas agotada,
Mas y mas sin piedad escarnecido,
Mas y mas su existencia quebrantada,
Rotos sus miembros, por do quiera herido,
Inerte el corazon, la frente helada :
“¡Eloy... Eloy!... exclama fatigado,
“*¿Por qué me has de esta suerte abandonado?*”

XXXVII.

A su debil clamor, pronto sombrías,
Las indómitas turbas le rodean ;
Y creyendo tal vez que invoca á Elias,
En torno de la cruz, roncás vocean,
“A Elias llama.” gritando. Y luego impías,
“Vengan, añaden, los que necios crean
“Que el Nazareno es Dios, potente y fuerte,
“A ver si ahora se libra de la muerte !”

XXXVIII.

Y el pueblo todo de contento brama
Y ufano goza al escuchar triunfante,
Entre el rumor que el sacrificio aclama,
Los ayes de Jesús que, ya espirante :
“¡Tengo sed!..Tengo sed!..” lánguido exclama
Al par que de su seno palpitante
La horrible convulsion desgarradora,
Al mundo anuncia al fin su última hora.

XXXIX.

“¡Tengo sed!..” dice; y mísero y aleve,
El regicida, sanguinario bando,
Que ni al verle espirar de él se conmueve,
En un palo de hisopo preparando
Con vinagre, una esponja, esquivo en breve,
Llega al leño fatal! Y blasfemando,
Y dándole á beber todos ansiosos,
“¡Sálvate, si eres Dios!” gritan furiosos.

XL.

Y redoblan de nuevo los sayones
Sus terribles injurias espantosas,
Sus sarcasmos, sus torpes maldiciones,
Sus infames palabras cediciosas,
Sus mil, y mil, y mil imprecaciones!
Y al traves de las sombras tenebrosas,
Que reinan por do quier, nécios é ilusos,
Sin conocer que es Dios, vagan confusos.

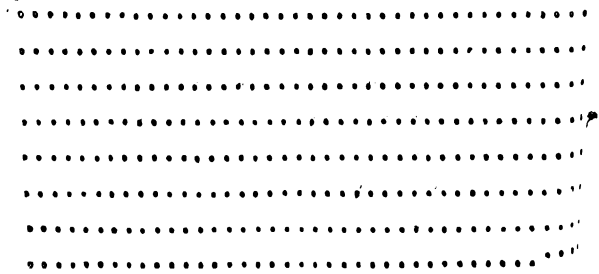
XLI.

“*¡Tengo sed!*.. dice. Y en sus labios siente
El áspero licor, que descreidos,
Los soldados le ofrecen bruscamente,
Al compas de sus lúgubres aullidos.
Y el vinagre al gustar, triste y doliente,
Convulsos ya sumiembros doloridos,
Dando una grande voz desconsolado,
Rendido exclama: “*¡Todo es consumado!*



XLII.

Y sus ojos al cielo dirigiendo
Por la postrera vez, ya congojoso
La última angustia de su mal sintiendo :
“¡Padre! añade con eco doloroso,
“¡En tus manos mi espíritu encomiendo!”
Y su frente inclinando silencioso,
Con tierno afán á sus verdugos mira,
Y cerrando sus párpados. . . *Espira!*



XLIII.

Súbite entonces con átroz rugido
Se alza la tempestad. . . . se oculta el cielo. . . .
El templo en sus cimientos conmovido
Parece vacilar. . . . el santo velo
Desgárrase á la vez estremecido. . . .
Y el firmamento tiembla, y tiembla el suelo,
Y hasta las piedras la venganza invocan,
Y unas con otras sin cesar se chocan!

XLIV.

Alzarse á par con horroroso estruendo
De los sepulcros las pesadas losas,
Y de ellos los cádaveres saliendo,
Preséntanse á las turbas sediciosas,
Que consternadas, en Jesus creyendo,
Abatidas las mas y silenciosas,
El lugar del suplicio contemplando,
Agítanse á la vez, su error llorando!

XLV.

Y en tan horrible confusion turbadas,
En Cristo y en la Cruz fijando atentas
Sus dolientes y estúpidas miradas.
Y elevando sus manos, que sangrientas,
Sin compasion y sin temor armadas,
Entre escarnios y bárbaras afrentas,
Hicieronle morir: “¡*Dios era!*” gritan,
Y del madero al pié se precipitan !

CANTO OCTAVO.

LA RESURRECCION.

Nolite expavescere : Jesum quæritis
Nazarenum, crucifixum : surrexiit, non
est hic, ecce locus ubi posuerunt eum:
S. Marcos, ca. XVI, v. 6.

I.

¡ Todo se consumó! . . . He allí el suplicio,
Y de él pendiente al Redentor del mundo,
Que acaba de espirar! . . . Tierno y propicio,
En su inefable amor, grande y profundo,
Al mas ignominioso sacrificio
Se ofreció por el hombre que iracundo,
De horrenda ingratitud haciendo alarde,
Sobre esa Cruz le asesinó cobarde!



II.

¡ Perdon, Señor !. . Perdon para el malvado,
Que despues de injuriarfe y de prenderte,
Al Gólgota te arrastra maniatado,
Y en él sin compasion te dà la muerte !
¡ Perdon, perdon !. . que si por él clavado,
No hubieras padecido de esa suerte,
¡ Ay del mundo, Señor !. . . ¡ Qué, sin tí fuera!
¡ Quien de nosotros sin tu amor viviera !

III.

Por que es tu cruz el faro luminoso,
Que al náufrago infeliz, que flota incierto
En el lóbrego abismo proceloso
De su espuma al traves anuncia el puerto!
Por que es tu cruz, para el viajero ansioso,
Que perdido se encuentra en el desierto,
O en la espesura de la selva umbria,
La huella santa que sus pasos guia !



IV.

¡Porque es del hombre á quien tu propia mano
A tu imagen, Señor, y semejanza
Poderosa formó, la paz que ufano
En las dolencias de su mal alcanza !
¡Por que es en fin contra el morir insano
La dulce, y bella, plácida esperanza,
Que mas allá del sol, ya si enojos,
Una vida de amor muestra á sus ojos !

V.

¡Por eso el mundo en su fervor la adora,
Y de ella sola su ventura espera
Y cual mágica enseña salvadora.
Brilla llena de luz por donde quiera!
Y hasta ese sol que los espacios dora,
Risueño al comenzar nueva carrera,
En tus torres la vé desde el Oriente,
Y ante ella inclina su orgullosa frente!

VI.

Perdon, Señor, perdon !. . Que si obstinado,
Y ciego el hombre, en su feroz demencia,
Te hizo así padecer crucificado;
Tú, con tu sangre, en tu etereal clemencia,
Redimirle quisiste del pecado,
Y por él entregaste tu existencia
En holocausto á Dios ; que á ser quien fuiste,
Aniquilarle sin piedad pudiste !

VII.

De tu labio á una voz, á una mirada
De tus ojos no mas, á un pensamiento,
Vago destello de tu mente airada,
Ardiera el rayo, enronqueciera el viento,
Y la tierra tornándose á la nada,
Y la luna, y el sol, y el firmamento
Dejando de existir, si algo pudiera
Para el hombre quedar, el llanto fuera.

VIII.

¡El llanto y el dolor, el fuego horrible
Del Tàrtaro fatal, que solamente,
En el seno del caos incomprendible,
Tu mano vengadora y prepotente
Dejára subsistir inextinguible,
Para hacerle penar! . . El llanto ardiente,
El mísero dolor, el fuego eterno
Que guarda á los malvados el infierno.

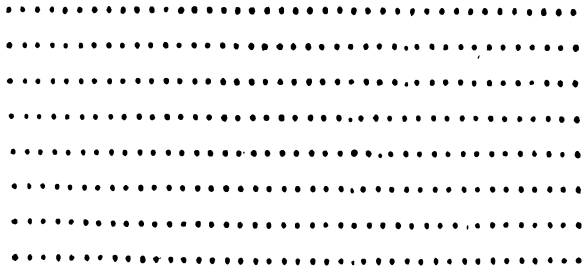
IX.

Y no le hiciste . . no . . ¡Gracias Dios mio,
Por tanto amor y ventura tanta!
Gracias por tanto bien! . . El pueblo impío
Ya de si mismo trémulo se espanta,
Y vuelto de su horrible desvario,
Mueve hácia ti, Señor, su torpe planta,
Y tu cadáver al mirar pendiente,
De su funesto crimen se arrepiente.



X.

¡Pueblo necio y cruel!.. Si ya rasgado
Ves en el negro cendal, que hace un instante
Te negaba la luz; si acongojado
Sientes el corazon y palpitante
Al aspecto del Dios crucificado,
Y anhelas su perdon; llega y delante
Del árbol de la Cruz, mísero y triste
La muerte llora que sobre él le diste!



XI.

¡Todo se consumó!. . De heridas lleno,
Y en surcos mil la sangre coagulada,
Càrdeno por do quier, muerto en su seno
Su tierno corazon, la frente helada,
E inanimado ya, del Nazareno
Hé allí el cuerpo en la Cruz; y ánte él postrada
A su madre infeliz, que en su quebranto,
Sus piés abraza y los anega en llanto.

XII.

En vano, en su dolor, débil lamento
Hácia el cadáver de Jesus dirige,
Rendida al peso del mortal tormento
Que su alma abruma y su razon aflige!
En vano ya, con afanoso intento,
Por que en ella otra vez sus ojos fige;
“Hijo del corazon!. . Hijo adorado!. .
Lánguida exclama con acento ahogado.

XIII.

“¡Por qué no me respondes, hijo mio!..”
“¡Por qué sordo á mi voz, añade ansiosa,
“Aumentas de mi mente el desvarío
“Y haces mayor la pena dolorosa,
“Que así al mirarte, ensangrentado y frio,
“Siente mi corazón!.. ¡Por qué piadosa,
“Hoy de tu cruz al pié, la parca airada
“No consuela á esta madre desdichada!

XIV.

Y cruzando sus manos contra el pecho,
Alzando á Dios sus ojos celestiales,
Cuyos párpados son limite estrecho
Al llanto de sus ansias maternales,
Y en cruda angustia el corazón deshecho,
Al ver de sus heridas las señales;
Fuerzas demanda y compasión al cielo,
Fuerza y valor en tan amargo duelo. •

XV.

¡Y de nuevo al madero sacrosanto
Abrázase infeliz!..Y besa ardiente
Los pies del Redentor, y con su llanto
Los inunda otra vez!..Y el alma siente
Convulsiva oprimirse; y crece tanto
La agitacion de su turbuda frente,
Que abrazada á la Cruz, casi sin vida,
Cae silenciosa al fin, yerta y rendida!

XVI.

¡El sol descende!..Del dorado ocaso
Las altas cimas fugitivo toca,
Y lentamente con peñoso paso,
Débil lleva su luz de roca en roca;
Mientras el pueblo, estremecido acaso,
Tambien al cielo en su interior invoca,
Del Gòlgota à la vez con pié lijero,
Bajando mudo el áspero sendero.



XVII.

Incrédulos no obstante y atrevidos,
Despreciando los màjicos portentos,
Que le ofrecen los astros conmovidos
Y del mundo los fragiles cimientos,
En torno de la Cruz vagan reunidos
Los miseros soldados que sangrientos,
Aun mil blasfemias, sin temor profieren
Y el cadáver insultan y zahieren.

XVIII.

Y mófanse à la vez estrepitosos
De la madre infeliz, que en su honda pena,
No aparta de él sus párpados lloroso;
Y de la fiel, sensible Magdalena,
Que con tiernos suspiros dolorosos,
A su lado tambien, de angustia llena,
Su horror expresa; y de Cleofè que en tanto
Con ambas vierte à par mares de llanto.

XIX.

Del fúnebre espectáculo distantes,
El torpe encono del tropel huyendo,
Pero en la fé del Salvador constantes
Y en sus palabras con fervor creyendo;
Aterrados están y vacilantes,
Fija la vista en el suplicio horrendo,
Sus tímidos discípulos rendidos,
Con mugeres del pueblo confundidos.

XX.

Y en su grande y profundo descontento,
Ya contemplando al Redentor sin vida;
Con doliente ademán, ronco el acento,
Pálido el rostro, el alma conmovida,
Y turbado y confuso el pensamiento;
Contra el bando feroz y regicida,
Al par que tristes su infortunio lloran,
Del Dios del cielo la venganza imploran.

XXI.

La chusma en tanto, hipócrita y sombría,
Al ver llegar del Sábado la fiesta,
Por no violar la religion judia,
Si la Cruz queda en el Calvario puesta
Durante el curso del solemne dia;
Ante Pilatos con ardor protesta
Una vez y otra vez pidiendo airada,
Que no quede en el monte colocada.

XXII.

Asi lo ordena el Presidente altivo.
Y al punto los fanáticos sayones,
Sumisos à su voz, con gesto esquivo,
Levantando soberbios sus lanzones,
Entre los restos del tropel festivo,
Las piernas rompen de los dos ladrones;
Perdonando à Jesus, por que ya muerto,
Ven su cuerpo en la Cruz, lânguido y yerto.

XXIII.

Uno empero, Longino apellidado,
Creyendo acaso que aun vivir podia,
Junto al santo madero colocado,
Con amarga, sarcástica ironia,
Aséstale violento hàcia un costado
El hierro agudo de su lanza impia.
!Y al sepultarlo en èl, gota tras gota,
Agua y sangre à la vez la herida brota!

XXIV.

¡El sol desciente!. . ¡La caterva alevé,
Consumadas al fin sus intenciones,
Vuelve à Jerusalem!. . Formánse en breve
Los altivos guerreros escuadrones
Y al ronco son que fúnebre conmuève
Los mas empedernidos corazones;
Al ronco son de la bocina horrenda,
Pausados bajan la escabrosa senda.



XXV.

Y óyense por do quier los resoplidos
De los bravos corceles espumosos,
Con sus duras pisadas confundidos ;
De los vastos arneses belicosos
El áspero crugir y los gemidos
Y los lúgubres ayes lastimosos
De la cristiana gente amontonada
Que lenta se dispersa y fatigada.

XXVI.

Resuelto empero, despreciando ardiente
Con noble pecho la venganza hebrea,
Al orgulloso, esquivo Presidente,
Para que envuelto y sepultado sea,
Antes que el sol se oculte en Occidente,
Demàndale José de Arimatea
El lívido cadáver destrozado
Del Divino Jesus crucificado.

XXVII.

Suspense á la verdad y descreído
Pilatos duda de que así haya muerto
Tan pronto el Redentor. Mas convencido,
Del Centurion al escuchar que es cierto,
Al alto senador esclarecido
Su cuerpo ctorga inanimado y yerto,
Que ya casi en olvido y solitario,
Deja el pueblo en la cima del Calvario,

XXVIII.

Breve entonces José, con piè ligero,
Al sitio horrible y pavoroso llega,
Donde aun postrada ante el fatal madero;
Que con su llanto inagotable riega,
Vé à la madre infeliz, que al triste, y fiero
Y agudo extremo del dolor se entrega,
Sin que baste á calmar martirio tanto
De nueva vida el vaticinio santo.

XXIX.

Llega, y piadoso, con ferviente anhelo,
Sobre los brazos de la cruz divina,
Desalentado en tan amargo duelo,
Su pecho ansioso y agitado inclina ;
Y en él se aumenta y crece el desconsuelo,
De Jesus al mirar por cada espina,
Que la diadema en su tegido cuenta,
Una llaga mortal, honda y sangrienta.

XXX.

De su marchita, amoratada frente,
Donde el lacio cabello se amontona,
Dèbil flotando al soplo del ambiente,
Prolijo aparta la fatal corona :
Y afanoso en seguida y diligente
La sacra, excelsa y celestial persona
Del hombre Dios, con sin igual ternura,
De la elevada Cruz bajar procura.

XXXI.

Pronto à su lado, pàlido el semblante
Herido el corazon, fruncido el ceño,
Doliente la mirada y vacilante,
Para ayudarle en tan penoso empeño,
Nicodemus se acerca; y palpitante
Los clavos quita con que al tosco leño
Los bàrbaros verdugos inhumanos,
Sus pies encadenaron y sus manos.

XXXII.

Y el cuerpo angusto entre los dos suspenden
Con singular y cuidadoso esmero;
Y à par sus brazos, conmovidos tienden
Sobre los brazos del fatal madero;
Y con Jesus al fin lentos descenden,
En medio del confuso, y lastimero,
Y lúgubre clamor que, en pena tanta,
Por do quiera, al mirarle, se levanta.

XXXIII.

¡Turbada toda, la infeliz Maria,
Aun mas y mas en lágrimas deshecha,
Luchando y reluchando en su agonía,
Contra su ceno sin cesar le estrecha!
Y la herida al tocar, cárdena y fría,
En el costado ante sus ojos, hecha,
Su mal se agrava, su tristura crece,
Y con él en sus brazos desfallece!

XXXIV.

¡Oh Virgen pura!. . Madre infortunada,
Cien y cien, y cien veces combatida,
Cien y cien, y cien veces destrozada
Por el dolor mas grande de la vida!
¡Oh Reina de los mártires sagrada!
¡Oh madre de Jesus tierna y querida!
¡Donde, donde, en verdad cabe en el mundo
Tormento mas cruel ni mas profundo!

XXXV.

Tú ¡oh madre! siempre fiel, siempre amorosa
Sin apartarte de tu excelso hijo,
Le cuidaste en Belen tierna y dichosa!
Tú entre tus brazos, con afan prolijo
A Egipto le llevaste! Y dolorosa
Ahora le ves sobre el madero fijo,
No huyendo, como Agar tus tristes ojos,
Por no mirar sus pàlidos despojos!

XXXVI.

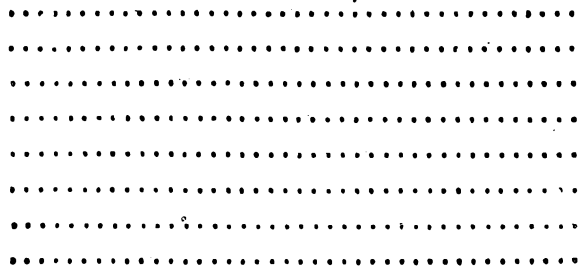
¡No, que las llagas de su cuerpo santo,
En medio de la chusma que importuna
Tus làgrimas ultraja y tu quebranto,
Has contado, infeliz, una por una!
Y le has visto espirar! . . . Y muda en tanto,
En tu dolor, sin esperanza alguna,
Ni aun agua ¡oh madre! al escucharle triste,
Para apagar su sed, darle pudiste!

XXXVII.

¡Ya no suena, Señora, en tus oídos
“*Gloria al Dios de Israel en las alturas!*”
Ni á sus plantas los pueblos conmovidos
Tienden llenos de amor sus vestiduras!
¡Ya no se escuchan mas que sus gemidos,
O las torpes blasfemias, con que impuras,
Sus sacrílegas lenguas maldicientes
Mófausc horribles del pesar que sientes!

XXXVIII.

¡Ya en lugar de los plácidos clamores
De entusiasmo, de gozo y de contento,
Se oyen solo los ecos bramadores
Del bárbaro tropel, rudo y sangriento!
Ya en lugar de las palmas y las flores
Gotas de sangre ves! . . . Ya en tu tormento
Càmbiase tu existencia de tal suerte
Que todo es para tí tisteza y muerte!



XXXIX.

En su blando regazo cariñosa,
El lívido cadáver, ya cerrados
Sus ojos al mirar tierna y llorosa,
Sus huesos sin piedad descoyuntados,
Negro su rostro, y de la muerte odiosa
Do quiera los vestigios estampados,
Mil besos y otros mil, con labio ardiente,
Trémula imprime en su agotada frente.

XL.

Reverente José, confuso en tanto,
Y Nicodemus, que de grato aroma,
Para bañar con él su cuerpo santo,
Y de mirra y alóc cien libras toma,
Póstranse ante Jesus; y en su quebranto,
Breve à sus ojos y copioso asoma,
En lágrimas de fuego convertido,
El dolor en sus pechos comprimido.

XLI.

Sobre los miembros de su cuerpo helado,
A presencia del pueblo silencioso,
Que aun resta de estupor petrificado,
En la cima del monte pavoroso,
Vierten con grande y singular cuidado,
El balsámico espíritu oloroso;
Y el agua y sangre enjugan, que oprimidas,
Aun destilan à gotas sus heridas.



XLII.

Ya el claro sol à sepultarsc empieza,
Y en torno de Jesus todos reunidos,
En blanco lienzo, con mortal tristeza,
Su cadàver envuelven conmovidos!
Y líganle en seguida, y su cabeza
Y sus càrdenos pàrpados hundidos
Mudos cubren despues con el sudario,
Y à la falda descenden del Calvario.

XLIII.

Y hácia un huerto, de alli poco distante,
Donde nuevo un sepulcro se levanta,
El fúnebre cortejo que, anhelante
Con torpe, incierta y silenciosa planta
Lento camina en pos y vacilante;
Levantando al llegar la losa santa,
Deja su seno ver hondo y profundo,
Y en él coloca al Salvador del mundo.

XLIV.

¡Y con santo temor todos postrados
Sus manos otra vez su cabellera,
Sus rodillas, sus piés desconcertados
Ansiosos besan por la vez postrera!...
Y sepúltanle al fin!... Y consternados;
(La enorme losa al descender lijera)
Y mudos restan, cual si al par violento
Sintieran desplomarse el firmamento!

XLV.

¡Todo se consumó!... Mustio repliega
Sus ricos pabellones de oro y rosa
El astro de la luz, y al Orbe niega
De su lânguida frente vaporosa
El último arrebol!... Pálida llega,
Y turbia en tanto, y lenta, y silenciosa,
Deshaciendo, al nacer, una por una,
Entre ráfagas mil, la opaca luna.

XLVI.

Sordos pasos no mas de algun cristiano,
Que del sepulcro á su pesar se aleja,
O el lúgubre gemido que ya en vano,
En su angustia, escapar del pecho deja,
Al apartarse del suplicio insano;
O el éco agudo con que, en blanda queja;
Las negras aves de la noche cantan,
Del monte funeral la paz quebrantan.

XLVII.

No, empero, no, los principes hebreos;
Ni los fieros escribas obstinados,
Ni los torpes y odiosos fariseos
Sus designios contemplan terminados
Ni cumplidos sus míseros deseos;
Que aun sospechan confusos y turbados,
Y temen que Jesus cual dijo un dia,
Triunfante salga de la tumba fria.

XLVIII.

Hipócritas por tanto y maliciosos
Afectan y publican el recelo
De que alevés acaso y ambiciosos,
El sueño al estender su negro velo,
Los discípulos quieran silenciosos,
Para hacerle pasar por Dios del cielo,
El cadáver hurtar, y amotinados
El prodigio esparcir por todos lados.

XLIX.

Y en medio del tropel, que todavía
De ellos en pos por la ciudad se ostenta,
Entonando con lúgubre armonía
La muerte del Señor cruda y sangrienta;
Del vaticinio con sonrisa impía,
Dando à Pilatos minuciosa cuenta,
Soldados piden que, con grande esmero,
Su cuerpo guarden hasta el día tercero.



L.

Pronto el soberbio, altivo **P**residente,
La exigencia al oír con frente erguida,
De la guardia del templo, armada gente,
A su placer por ellos escogida,
Permíteles llevar. **Y** diligente,
Y ufana, al ver su pretension cumplida,
De agudas lanzas la caterva hebrea
La tumba santa de **J**esús rodea.

LI.

Y satisfecha en su delirio ciego,
La victoria creyendo asegurada,
Dépone su mortal desasosiego;
Y la losa examina que ajustada,
Con el anillo de **P**ilatos luego,
Como prenda mejor deja, sellada; •
Y su custodia á los sayones fia,
Que han de velar con armas noche y día.

LII.

¡Nada les resta ya! . . . Breve al bullicio
Y al lúgubre clamor amortiguado
Del pueblo infiel, que el santo sacrificio,
Harto de sangre al fin, ve consumado,
El silencio sucede! . . . Y del suplicio,
Y de su misma víctima olvidado,
El sábado al llegar, con pecho ansioso,
Al descanso se entrega y al reposo.

LIII.

Las horas pasan del solemne día,
Y el sol de nuevo con su luz descende,
Y la noche otra vez triste y sombría,
Sus negras alas silenciosa tiende.
Étónces Juana, Salomé y Maria,
Al ver que el cielo, misterioso enciende
Las mil antorchas, que su gloria ostentan,
Volver al huerto y al sepulcro intentan.

LIV.

Y aun no del alba placentera asoma,
La nacarada faz por el Oriente,
Ni de la blanca, cándida paloma
El dulce arrullo al despertar se siente ;
Cuando cargadas de precioso aroma
Parten de la ciudad ; y en su fé ardiente,
Solo el temor por cierto les arredra
De no poder alzar la tosca piedra.

LV.

Multitud de mugeres á su lado,
La misma senda en su fervor siguiendo,
Con ellas marchan al sepulcro helado.
;Mas ántes de llegar con hondo estruendo,
El mundo en sus cimientos trastornado,
De la muerte el imperio sacudiendo,
Violento tiembla, y por do quiera en breve
Pavoroso se agita y se conmueve!

LVI.

¡Súbito á par hasta la tumba santa
De la etérea region, en raudó vuelo,
Un àngel del Señor llega y levanta
La enorme piedra! . . . Y con mortal desvelo,
La guardia al verle, de terror se espanta,
Y sus lanzas dejando sobre el suelo,
Turbada el alma y la razon perdida,
Huye velóz, dispersa y confundida.

LVII.

¡Lleno en tanto de amor y de ternura,
Despues que en las regiones infernales
Paz ofrece á los justos y ventura,
Y breve anuncia término á sus males;
Sacudiendo la blanca vestidura,
Y entreabriendo sus ojos celestiales,
Del seno de su tumba pavoroso,
Levántase Jesus magestuoso !

LVIII.

De otros sepulcros las pesadas losas
Tambien entónces quebrantadas fueron,
Y de sus negras sombras tenebrosas
Animados cadáveres salieron,
Que en medio de las calles silenciosas
De la santa Ciudad se aparecieron;
Ya la Resurreccion del Dios clemente
Publicando á la vez con labio ardiente.

LIX.

¡Claro derrama el resplandor del dia
Desde su trono el sol, cuando agitadas
Al pié se acercan de la tumba fria
Las miseras mugeres que, asombradas,
Abierta la contemplan y vacía!
Y preguntanse absortas y turbadas,
Y miran mas y mas, y à Jesus buscan,
Y mas y mas se aterran y se ofuscan.

LX.

¡De blanca luz dos ángeles en tanto,
Rayos mil despidiendo esplendorosos,
A entrambos lados del sepulcro santo
Déjanse ante ellas ver! . . . Y cariñosos,
La incertidumbre y el mortal quebranto
De sus tímidos pechos amorosos
Risueños calman, y con dulce acento,
Les anuncia el mágico portentoso.

LXI.

¡Y ordénanle despues que diligentes
A los fieles apóstoles queridos,
Den la nueva feliz! . . . Y entre las gentes,
Sus corazones de placer henchidos,
Todas á par dispérsanse obedientes,
Buscando á los discípulos perdidos;
Y ufanas llegan con ligera planta,
Y cruzan por do quier la Ciudad santa.

LXII.

¡Pronto la extraña y singular noticia
De labio en labio con asombro vuela!
Y al escucharla en su feroz malicia,
La turva aleve, que de horror se hiela,
Uniendo à su crueldad nueva injusticia
A los soldados gana y los rebela,
Y hàceles publicar que se durmieron,
Y otros con Cristo mientras tanto huyeron.

LXIII.

Mas sin embargo y mas, rápido crece
El hirviente rumor, y mas por grados
Do quiera se confirma y robustece;
Quando, vivo Jesus, en todos lados
A los suyos y al pueblo se aparece,
Que à su vista confusos y turbados
Sus plantas besan y de gozo lloran,
Y rendidos le admiran y le adoran.

LXIV.

En el mismo sepulcro á Magdalena,
Donde sus ojos al fijar turbada
De sobresalto y de congoja llena,
Solo encuentra la sábana sagrada;
Mientras con ayes mil, en su honda pena
Por él pregunta, y lánguida y helada
Le busca ansiosa y se fatiga en vano,
Déjase en trage ver de un hortelano.

LXV.

¡Y con mágica voz, cuando amorosa
Al conocerle en su ferviente anhelo,
Va sus piés á besar, y presurosa
La frente inclina hasta tocar el suelo,
Detiéndola el Señor! . . . Su vista ansiosa
Eleva entónces á lo azul del Cielo
Y á Dios bendice, y la tan fausta nueva,
De gozo henchida á sus hermanos lleva.



LXVI.

En el fragoso y aspero camino,
Del monte á la Ciudad tambien postradas
Su acento al escuchar tierno y divino,
Las mugeres contemplan extasiadas
Su rostro celestial y peregrino,
Y en el mismo cenáculo, cerradas
Las puertas todas con mirada atenta,
Al colegio de Apóstoles se ostenta.

LXVII.

Y allá del mar de Tiberiades luego
En la ancha playa de arenoso grano,
Mostrando afable de su amor el fuego
A ellos se acerca: y plácido y ufano,
Al verles con la red, y sin sosiego,
De entre las olas recogerla en vano,
De nuevo echarla hácia la diestra ordena,
Y sácanla à su voz de peces llena.

LXVIII.

Y en el monte Tabor; donde imponente,
Sobre un trono de nubes colocado,
Cual Dios del universo prepotente,
De luminosas ráfagas cercado,
Un dia ostentó su soberana frente;
Do quiera en fin, con amoroso agrado,
Solicito los busca y los consuela,
Y su reyno y su gloria les revela.

LXIX.

De las tinieblas ya tristes y umbrias
Los pálidos vapores fugitivos,
Ultima vez, à los cuarenta dias,
Presentase ante todos, que festivos,
Entre las turbas míseras é impías,
Con él al monte van de los Olivos;
Y allí sus ojos levantando al Cielo,
Su bendicion les da con dulce anhelo.



LXX.

¡Y poco á poco hácia la azul esfera,
Llena de gloria y magestad su frente,
Comiènzase á elevar, que ya le esperá
Con tierno afan el Padre Omnipotente!...
Y prostérnanse todos, y lijera,
El espacio al cruzar resplandeciente,
Espárcese á sus piés dorada nube,
Y hasta el trono de Dios triunfante sube!



